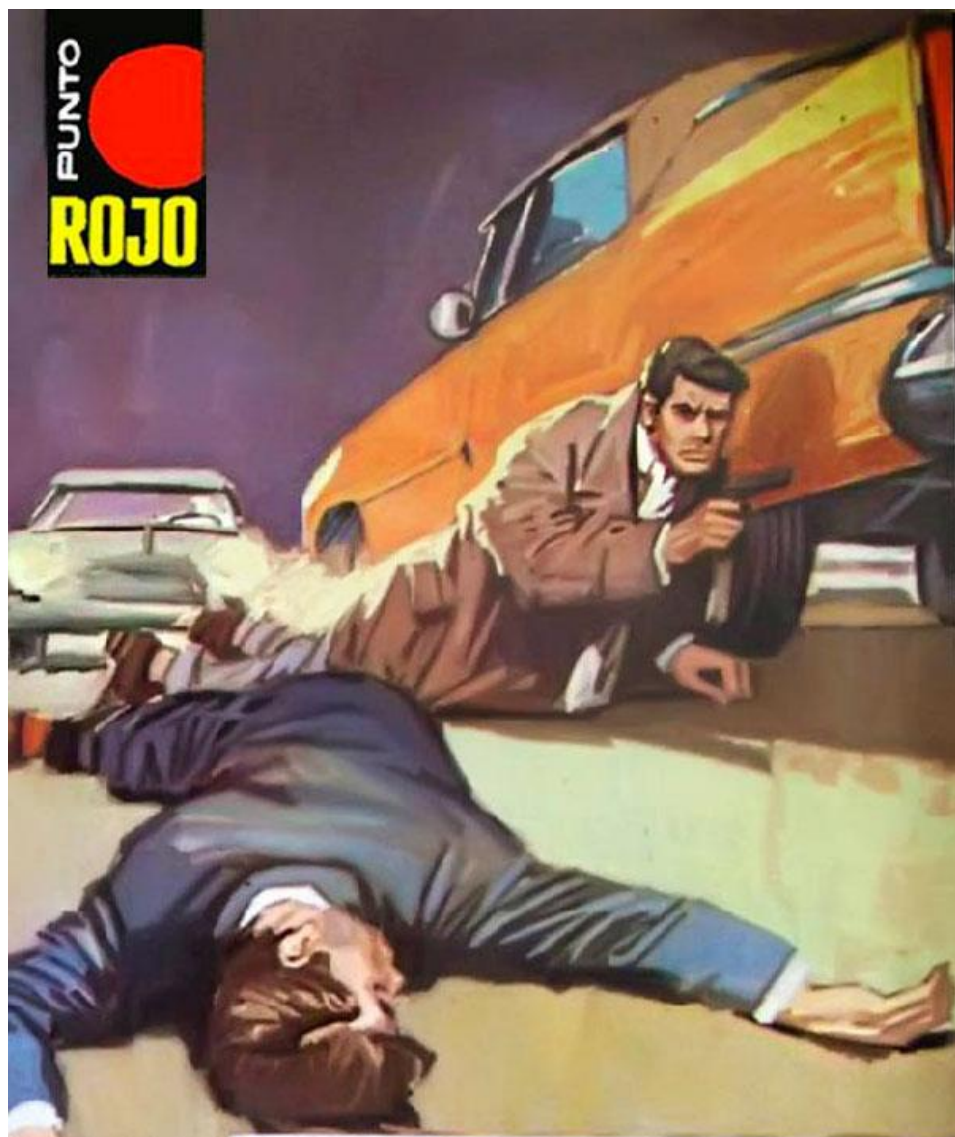


PUNTO

ROJO



RED DE TRAIDORES

mikky roberts



RED DE TRAIADORES

MIKKY ROBERTS

RED DE TRAIADORES

1.ª EDICIÓN

OCTUBRE -1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

DEPOSITO LEGAL B 20.630 - 1963

PRINTED IN SPAIN -IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 4516/62

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

711 —Legado sangriento

En Colección SERVICIO SECRETO:

588 —Sangre sobre mí.

En Colección BUFALO:

395 —Bueno con el revólver.

En. Colección CALIFORNIA:

300 —Falso rural.

En Colección SALVAJE TEXAS:

271 —La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

129 —Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

174 —Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

112 —Tejano y testarudo.

En Colección BRAVO OESTE:

15 —El peor hombre de Kansas.

En Colección PUNTO ROJO:

17 —Desde el Más Allá

RED de TRAIDORES

por
MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

—Tuviste mala suerte, Mike —dijo el hombre situado tras el amplio escritorio. Mike Parson le miraba atentamente, diciéndose que no había cambiado en aquellos tres años—. Muy mala suerte.

—Ya lo sé, Chas —respondió el aludido, sentándose frente al que había sido su compañero durante mucho tiempo y que ahora, al regreso del infierno, le veía ocupando un importante despacho de la Agencia Central de Inteligencia.

—Imagino que no habrán sido agradables para ti estos años.

—No —Mike compuso una mueca—. Me llevaron de un lado para otro por los peores lugares de Siberia.

—¿Cómo pudiste soportarlo? —preguntó *Chas Wilkins*, encendiendo un cigarrillo.

Parson achicó los ojos.

—¿También tú me lo preguntas? Cuando me canjeasteis con Barikov tuve la mayor alegría de mi vida al saber la noticia allá salté de gozo y el oficial que me la comunicó se burló de mí: «No crea sus propias fantasías, Parson», me dijo. «Usted no es un héroe y nadie le recibirá con los brazos abiertos. Allí van a tratarle tan mal como aquí, porque nadie creerá en usted. Un espía descubierto es virtualmente un traidor». Y creo que decía la verdad —concluyó Mike Parson oscuramente.

Sus poderosas manos se entrelazan en un gesto de impotencia. Llevaba impresas en el rostro las huellas de aquellos tres años. Incluso le habían nacido canas en las sienes, a pesar de que sólo rozaba la treintena. Cuando subió al

«Ú-2»

en la Base Nanunak, en Alaska, era un joven deportista amante del riesgo; ahora, en cambio, era un hombre madurado por el

sufrimiento y amargado.

—No debes hablar así, Mike, eso no te favorece.

—Mi suerte ya está echada y tú lo sabes, tú que eres uno de los cerebros de la Agencia. Durante dos semanas me habéis tenido aquí encerrado, sometido a implacable interrogatorio, haciéndome recordar cosas inverosímiles y tratando de hallar en mí contradicciones. ¿Qué creéis que es un hombre? ¿Un cerebro electrónico capaz de recordarlo todo? No; ya sé que no he podido dar respuestas satisfactorias. ¿Y qué prueba eso? ¿Quizá que soy un traidor? ¿Es ésa la conclusión a la que habéis llegado? Aquel oficial me lo dijo y yo no pude creerlo, pero ahora...

—Cállate, Mike.

—¿Arreglará algo el que guarde silencio y soporte mansamente lo que queráis hacer conmigo? No, tú sabes que no. Por eso voy a hacer una cosa que no me han permitido durante tres años: voy a gritar. Eso, al menos, tranquilizará mis nervios.

Tenía las facciones enrojecidas y los ojos le brillaban coléricamente. Mike Parson apretó los puños y miró hostilmente a Chas Wilkins. Había una notable diferencia entre ellos. Mike tenía en su rostro las huellas del sufrimiento y se le veía capaz, no obstante, de luchar hasta el aniquilamiento.

Wilkins, por el contrario, estaba demasiado pulido y su misma limpieza y lozanía tenían algo de inhumano.

—Creía que eras mí amigo, Chas.

—Lo sigo siendo.

—No. ¿Has movido acaso un dedo por salvarme del círculo de sospechas que me rodea? Dos semanas han estado martilleándome con preguntas, a cualquier hora del día y de la noche, como si yo fuera el propio Barikov, pienso que incluso peor. ¿Y tú que has hecho? Entretanto, te pulías las uñas o te aplicabas esa exquisita loción capilar.

—No voy a tomarte en cuenta lo que dices, Mike.

—Ya no busco tratos de favor, Chas. Me dais motivos para pensar que fui un tonto por creer en vosotros.

—¡Mike!

Wilkins dio un puñetazo en la mesa. Sus mejillas se habían coloreado.

—Olvidas quizá muchas cosas, Mike —siguió Chas Wilkins—.

Olvidas las especiales circunstancias en que te capturaron.

—Te equivocas. No he hecho sino pensar en eso durante mil días con sus noches.

—¿Sí? —Wilkins parecía morder las palabras—. Entonces debes convenir conmigo en que fue muy extraño lo que te ocurrió.

—En efecto.

—¿Lo admites todavía?

—Me gusta enfrentarme a la verdad: quizá por eso esté aquí. Allá me propusieron muchas cosas a cambio de servirles. Me ofrecieron la libertad si trabajaba para ellos. Yo tenía que firmar una declaración que me comprometiera, y luego me facilitarían la «huida» de allí e, incluso, información de cierta importancia para montar en torno a ello una novelesca historia, de mí heroicidad que os cegara. Vosotros aceptaríais jubilosos al agente capaz de una hazaña así y me reincorporaríais al servicio activo, momento en el cual yo empezaría a enviar información a mis contactos. Me negué en redondo y eso me costó seis meses de estancia en un campamento de castigo. Pero es que yo soy un patriota, Chas, y sé mantener mis propias convicciones.

—No tienes mal aspecto.

—No —mostró los dientes, agresivamente—. ¿Esperabais quizá verme mutilado o convertido en pupilo de un manicomio? Yo tomé parte en aquellos escandalosos cursos de la Escuela de Supervivencia en Nevada, ¿lo has olvidado? Allá aprendí unas cuantas cosas.

—Veo que tienes respuesta para todo.

Wilkins se incorporó y fue a un paño de pared donde había un mapa enrollado... De un tirón lo extendió y se volvió hacia Mike, agresivo el semblante:

—¿Quieres, explicarme cómo pudieron descubrirte los aviones enemigos?

—No sé.

—Acércate y examina conmigo este mapa. Aquí está la Base Aérea de Nanunak, en Alaska. Saliste a bordo de un

«U-2»

para fotografiar estas tres instalaciones industriales, esta base balística y una línea férrea que une entre sí los cuatro puntos —explicó señalando unos círculos rojos en el mapa siberiano—. La

base rusa más próxima es la de Ola, en la Bahía de Tuyskaya... situada a mil quinientas millas del punto donde te sorprendieron aquellos cazas.

—¿Y qué quieres probar con eso?

—Sólo la imposibilidad de que ellos te descubrieran por sus propios medios.

—Lo único que puedo decirte es que de pronto aparecieron los dos cazas del interior de una nube y me dispararon a los, alerones, obligándome a descender.

—¿Había algún campo próximo?

Mike percibió la ironía de la pregunta.

—No sé si conoces Siberia, Chas. El hielo lo cubre todo y un piloto hábil puede hacer que sus patines encuentren dónde posarse.

—Es todo muy improbable: los cazas esperándote, los disparos que no dañaron tu aparato, la pista de aterrizaje...

—Ya veo: sólo estaríais satisfechos con la noticia de mí muerte. Entonces sí sería un héroe. Pero he cometido el grave error de regresar con vida... y eso no me lo vais a perdonar nunca.

—¡Se trata de una medida de seguridad!

—¿Seguridad contra quién? ¿Acaso pensáis que me he vendido?

Wilkins se puso congestionado.

—¡Pues bien, sí! Ya que lo has dicho, ¡sí! Pilotabas un aparato que no lo detecta el radar y a una altura que no alcanzan otros aparatos. Aun así, sabían dónde estabas en un momento preciso y te atacaron con aviones capaces de competir con el tuyo... Por otra parte, no hiciste uso del cianuro preparado para estas ocasiones.

—Tengo una fe que me impide atentar contra mi vida —replicó rápido, altivo.

—Sí, pero eso no es todo: hay la certeza de que llevabas contigo valiosa información de nuestras instalaciones.

—¡Eso no es cierto! —chilló Mike.

—¿No? En las cintas de película de tu avión aparecieron fotografiadas tres bases nuestras: la de Nanunak, que era tu punto de origen, y las de Ghevak y Hooper Bay, que sobrevolaste camino de Siberia.

—¡Yo no las fotografié!

—¿Quieres decirme cómo se impresionó la película, en ese caso?

Por primera vez Mike se enfrentaba con aquel hecho insólito,

abrumador, que acababa con el poco prestigio de que disponía.

—¿No... pudo ser un fallo... mecánico en el obturador?

Chas Wilkins tardó en contestar. De espaldas a Mike, miraba a través de la ventana el tráfico de Washington. Al fin se volvió.

—Antes dijiste que no moví un dedo en tu ayuda, Mike. Pues bien, no quería decírtelo, pero creo que es necesario: he podido convencerles de que te dejaran en paz, después de probar que una avería en las instalaciones fotográficas puede realizar las tomas inadvertidamente. Creo firmemente que eso te ocurrió a ti. No hubiera tenido trascendencia de regresar sano y salvo: los técnicos se hubieran percatado de la avería y la habrían reparado; pero te atraparon y les llevaste un buen material...

Hizo una pausa. Luego regresó a su escritorio y abrió un cajón del que sacó un expediente. Lo abrió y leyó el primer documento. Cuando lo hubo hecho, lo ofreció a Mike.

—Fírmalo.

Parson echó una ojeada al papel mecanografiado y luego miró los grises ojos de su amigo.

—No hay otra solución, Mike: es tu dimisión. Vistas las circunstancias... es lo menos que podía sucederte, y si quieres un buen consejo no des que hablar en absoluto; dedícate a asuntos particulares y piensa que el más mínimo desliz podría precipitar sobre ti el peso de una acción legal que por una sola vez he podido detener.

Mike tomó la pluma que Chas le ofreció y estampó su firma, con rabia.

—Esto me convierte en un civil, ¿verdad?

—Sí.

—Con un pasado un poco sucio.

—Si he de decir la verdad, sí.

—¿Crees que voy a consentirlo?

Hubo una chispa de alarma en la mirada de Wilkins.

—¿Qué puedes hacer?

Mike se incorporó.

—Yo mismo he investigado los hechos, ¿sabes? He tenido mucho tiempo para hacerlo, y siempre he llegado a la misma conclusión.

—Olvídate de ello, es un buen consejo.

—No necesito esa clase de consejos. Yo he pensado siempre que

ellos estaban allí aguardándome, lo cual me permite suponer que sabían que yo usaba aquella ruta y que cruzaría aquel punto a esa hora. Ellos conocían mi plan de vuelo, Chas. Incluso podían tener una copia del mismo.

—Ya no tiene objeto hablar de eso, Mike. Tu expediente acaba de cerrarse. Pertenecer al pasado.

Sujetó la carpeta con la cinta de caucho y la dejó a un lado, en la gaveta de salidas.

—La

C. I. A.

lo ha concluido quizá; yo no, Chas.

—¿Estás loco? ¿Qué pretendes? ¿Exhumar todo este papeleo y dar con tus huesos en la cárcel?

Mike se encogió de hombros.

—Pasé tres años allá. Ninguno podéis saber lo que es eso, lo que es sentirse lejos de la Patria, porque ninguno lo habéis padecido. Yo sí. Y yo no voy a olvidar al tipo que me envió allá. Yo lo voy a cazar, Chas Wilkins, aun con vuestra oposición. No es que quiera haceros un favor, no te equivoques. Cuando yo haya terminado con él, sospecho que no os servirá de mucho.

Se dirigió a la puerta, rabioso. La abrió de un tirón pero antes de salir Wilkins aún le dijo:

—No podré hacer nada por ti, Mike, recuérdalo.

—Hace tres años que mi vida depende sólo de mí mismo. Estás echando cintura detrás de esa mesa, Chas; ya no eres de los míos, ya no eres un hombre de acción.

Salió y la puerta golpeó secamente.

CAPÍTULO II

La doncella movió la cabeza negativamente.

—Lo siento, la señorita no está en Washington.

Mike arqueó las cejas.

—¿Está segura, Anita? Usted me recuerda, ¿no?

La sirvienta trataba de mirar en otra dirección.

—Sí, señor Parson.

—Me dijeron que la señorita Taylor se encontraba aquí, con el senador.

—Temo que le hayan informado mal, señor Parson.

El muchacho miró una vez más a la uniformada doncella y sus ojos vagaron por el lujoso vestíbulo de la mansión que el senador Taylor poseía en la capital. Había estado allí en varias ocasiones, siempre en compañía de Clara Taylor, la hija del senador, y durante aquellos tres largos años soñó con el regreso al lado de la mujer que le había jurado amor.

—Gracias, Anita.

Esbozó una sonrisa y regresó por el sendero de grava. Dejó atrás la verja de hierro y se detuvo en mitad de la soleada acera, con las manos en los bolsillos. Notaba en sus labios la amargura del fracaso, una sensación bien distinta a la que esperaba tener cuando regresara a la libertad.

Respiró hondo el aire primaveral, embalsamado por el aroma de las cercanas flores. Su figura, recortada contra el sol, era la de un atleta, un hombre de gran energía, bien proporcionado y apuesto, que siempre había conquistado los corazones femeninos.

Ahora, en cambio, Clara se negaba a recibirle.

Bien; era una decepción más. Pero lo mismo que había arrojado al rostro de Chas Wilkins su desprecio, le haría ver a Clara lo

mezquino de su actitud.

No le dolía especialmente aquello. Después de tanto tiempo se sabía capaz de resistir cualquier prueba, y eso no hacía sino endurecerle más, para llevar a cabo lo que pensaba hacer.

Cruzó la calle y penetró en el coche que había alquilado unas horas antes. Una vez en él, encendió un cigarrillo y aguardó, con la larga paciencia adquirida últimamente.

Pasó más de una hora antes de que se abriera la puerta principal de los Taylor. Vio una figura juvenil y airosa, con vestido primaveral, dirigirse al garaje anexo a la mansión, y unos instantes después un convertible rojo salió a la calle.

Mike lo siguió. El tráfico favorecía aquella persecución por las grandes avenidas y los espaciosos paseos. En ocasiones los dos coches iban tan juntos que Mike podía percibir el brillo sedoso de los cabellos femeninos o la calidad bronceada de los desnudos brazos. Por un momento sintió un ramalazo ardiente en su cuerpo, recordando las veces que había estrechado a Clara entre sus brazos y las palabras de amor que ella le había dedicado. Incluso en los labios le nació el sabor de la boca femenina y sus apasionadas caricias, pero Mike volvió a controlarse una vez más y continuó tras el convertible rojo, como una máquina.

Al fin comprendió a dónde iba. Se dirigía al «Club Náutico», sobre el Potomac, para exclusivo uso de los oficiales. Ambos habían acudido a él en numerosas ocasiones durante la época estival, para nadar o dejarse acariciar por el sol.

Ella detuvo el coche y Mike hizo lo propio ante su convertible. Cuando Clara descendió del vehículo, encontró a Parson que le cerraba el paso.

—Me dijeron que no estabas en Washington —saludó él, con fría ironía.

Clara le miró, turbada, pero un instante después alzó la cabeza y pidió altivamente:

—Déjame pasar, Mike.

—Vaya, recuerdas mi nombre.

—Por desgracia. No quiero que me vean a tu lado. Márchate.

El la observó críticamente, tratando de hallar algún defecto a su belleza deslumbradora, pero muy a pesar suyo tuvo que convenir que los tres años habían aumentado el atractivo de su cuerpo,

redondeándolo y dándole una plenitud que jamás tuvo.

—¿Soy un apestado, quizá?

—Peor aún. Déjame en paz y no me molestes. No te acuerdes más de mí.

—¿Así se resuelven tus juramentos?

—Aquello pasó, y tu comportamiento no deja margen para nada más. ¿Es preciso que te lo pida otra vez o quieres que solicite ayuda?

Sus verdes ojos fulgían con expresión colérica y al hablar, su corta melena rubia oscilaba nerviosamente.

Una voz masculina sonó tras de Mike:

—Yo arreglaré esto, Clara.

Una mano se posó en el hombro del muchacho, obligándole a volverse violentamente. Mike quedó entonces frente a Francis Carter, compañero de cuarto de la base de Nanunak. También él parecía haber mejorado con el tiempo, pero Mike no tuvo ocasión de fijarse mucho en detalles.

Lo único importante era el enorme puño que ascendía veloz al encuentro de su barbilla.

El muchacho alzó el brazo izquierdo parando el golpe y soltó un furioso trallazo al rostro de Carter que llegó a su destino. El piloto se elevó unos centímetros del suelo y cayó hacia atrás cuan largo era, conmocionado.

Mike se volvió hacia Clara.

—Ya ves lo que puedo hacer con tus perrillos falderos.

Giró acto seguido y entró en su coche sin volverse ni una sola vez para mirar a Carter o a la mujer con la que había pensado casarse, antes de aquel desgraciado vuelo.

De mal humor regresó a su hotel y una vez en su habitación se metió bajo la ducha. El agua fría le devolvió la perdida serenidad y todavía estaba envuelto en la toalla de baño cuando repiqueteó el teléfono.

Pasó al dormitorio y lo alzó.

—¿Sí?

—¿Un poco desengañado quizá, señor Parson?

Mike parpadeó. No reconocía aquella voz educada y sin matices, pero a pesar de ello estaba patente la energía de quien le hablaba.

—¿Con quién hablo?

—Eso no importa ahora. Lo fundamental es que se va cumpliendo lo que le anunciamos. Usted ha sido un tonto, señor Parson.

Al otro lado alguien presionó la palanca, cortando la comunicación. Mike, perplejo, se quedó mirando el auricular con las cejas fruncidas. Había sido una llamada aparentemente sin objeto, pero Mike sabía los procedimientos que utilizaban quienes le habían tenido prisionero durante aquellos años.

Devolvió el auricular a la horquilla y terminó de vestirse. Al parecer, no habían renunciado a servirse de él y, para ello, trataban de presionarle moralmente a fin de hacerle claudicar.

Una vez en la calle, se dirigió a una, agencia de viajes para encargar pasaje en cualquier vuelo que le llevase a Nanunak, en Alaska.

CAPÍTULO III

Cuando el avión se detuvo por fin en la pista del aeropuerto de Nanunak, Mike Parson echó una ojeada al exterior a través de su ventanilla. Unos funcionarios aguardaban a la puerta del edificio, y dos mozos empujaban la escala para adosarla a la puerta del aparato. Los viajeros se incorporaron y empezaron a desfilar por el pasillo central hacia la salida.

Mike les imitó. La puerta del avión fue abierta por fin y una bocanada de aire helado les azotó. Previsoriamente, Mike se embutió en su abrigo de pelo de camello y al pasar junto a la azafata la saludó con una sonrisa.

El autocar les condujo a la ciudad y Mike descendió ante el hotel en el que había reservado habitación. La formalidad de la inscripción no le llevó mucho tiempo y una vez en su habitación encargó el almuerzo.

Apenas había terminado de lavarse cuando el teléfono repiqueteó.

Cuando se llevó el auricular al oído tuvo la clara sensación de que iba a escuchar aquella voz misteriosa que le hablara en Washington.

—¿Ha tenido un buen viaje, señor Parson?

—¿Quién es usted?

—Un amigo. ¿Qué es lo que pretende, señor Parson? —La voz era pausada y educada, como en Washington. Parecía, incluso, algo irreal o artificial, como si se tratara de un extranjero desconocedor de los modismos del lenguaje—. Mi consejo es que tenga mucho cuidado... Se verá, en lóos si no pone los medios para evitarlos.

—¿Cuáles son esos medios?

—Quizá yo pueda auxiliarle. Recuerde que carece de amigos.

Tiene todas las puertas cerradas... y ese dinero que tenía ahorrado no durará mucho. ¿Qué hará después?

—Eso es cuenta mía.

—Oh, sí. Pero si usted fuera un poco inteligente... Otro día hablaremos, ¿verdad, señor Parson?

La comunicación se cortó. Aquel individuo parecía estar muy seguro de que él acabaría cediendo a sus proposiciones. Como un buitre, rondaba en torno suyo recordándole continuamente su presencia para aprovechar cualquier desfallecimiento.

Apretó los labios y golpeó el interruptor telefónico.

La voz de la telefonista le respondió:

—¿Dígame, señor?

—Acabo de recibir una llamada, señorita, y desearía saber desde dónde ha sido efectuada.

—Lo siento, señor, pero sólo sé que fue hecha desde el exterior.

—Gracias, no obstante.

Alguien llamó a la puerta y Mike autorizó la entrada. Era el camarero llevándole el almuerzo que había solicitado.

—Deseo que su estancia sea grata en Nanunak, señor. Por fortuna ha venido usted en buena época todavía, pero dentro de muy poco esto estará helado en su mayor parte. ¿Negocios, quizá?

—Sí, desde luego. Aunque ya conozco esta tierra. Estuve aquí hace tiempo.

—Yo estoy deseando concluir mi contrato de trabajo para regresar al sur. No puedo soportar tanto hielo. ¿Vivió aquí mucho tiempo, señor?

—Bastante. ¿Todavía existe el «Esquimal Club»?

—Oh, sí. Ha prosperado mucho: aquí no hay demasiadas diversiones y en algo se debe pasar el tiempo de ociosidad.

—¿Continúa perteneciendo este hotel a Oliver Dalton?

Antes de que el camarero pudiera responder, alguien llamó a la puerta y Mike le autorizó la entrada. En el vano apareció un individuo grueso, radiante, con una mirada escrutadora a pesar del gesto amistoso.

—Leí en el registro tu nombre, Mike, y no podía creerlo. ¡Tú aquí!

—Pasa, Oliver. Ahora mismo preguntaba al camarero si esto continuaba en tu poder.

Los dos hombres se estrecharon las manos cordialmente. Oliver Dalton se volvió pomposamente hacia el camarero.

—Este señor es un viejo amigo, Jim. Trátelo usted como a tal.

—Así lo haré, señor.

El camarero salió de la habitación y Dalton miró inquisitivamente al muchacho.

—No esperaba verte por aquí, Mike. ¿Cómo ha sido?

Parson miró por un instante al dueño del hotel. Había algo en él que le hacía desconfiar. Quizá era aquella falsa cordialidad que mostraba, o su aire poderoso.

—Me soltaron.

—No te trataron mal, ¿eh?

—Las heridas las llevo dentro, en el corazón, pero no voy a ponerme melodramático. ¿Quieres acompañarme en el almuerzo? He preferido habituarme un poco antes de mostrarme en público.

—Entiendo —Dalton acercó una silla a la mesa y se sentó frente al muchacho. Mike empezó a comer con apetito—. ¿Qué has venido a hacer aquí, Mike? Perdona la pregunta, pero ¿estás seguro de que serás bien recibido?

—No es cosa que me preocupe.

—Oh, claro. Sin embargo, pienso que no tienes nada que hacer aquí.

—¿Por qué lo supones?

—Oh, no es difícil deducir que no has vuelto al servicio activo.

Parson le examinó adustamente.

—Tienes unas teorías muy curiosas, Dalton.

—Por aquí se habló mucho de ti, Mike. Yo soy de los que creen en ti, pero... te sorprenderías si supieses cuántos te volvieron la espalda.

—Eso no puede sorprenderme, Oliver. Mi novia es una de ellas y tú... otra.

Dalton palideció. La crispación de sus labios delató su cólera.

—No eres muy amable.

—No puedo serlo después de tres años allá. Buenos días, Oliver —se incorporó, despachándolo—. He tenido mucho gusto.

El dueño del hotel, prietos los labios, gruñó una despedida y salió de la habitación.

Mike volvió a su almuerzo, pero la charla le había encolerizado

lo suficiente como para perder el apetito. La malsana curiosidad de Dalton le había mostrado, de pronto, lo difícil de su misión.

Se incorporó bruscamente y abandonó su habitación. Una vez en la calle respiró hondamente el helado aire de Alaska. Sin rumbo, paseó por las calles de Nanunak, rectas y flanqueadas por edificios de dos pisos y doubles ventanales para oponer una barrera al frío glacial.

La ciudad tenía un aire nuevo pero confortable. Parecía que había nacido de la noche a la mañana y que vivía de un modo artificial. Costaba trabajo habituarse a ella porque todo resultaba distinto, incluso el mismo sol, que en aquel instante se dirigía a la raya del horizonte pero que no se ocultaría durante varios meses, iluminando día y noche el Círculo Polar Ártico. Después del corto verano, durante largos meses de frío enloquecedor, los habitantes de Nanunak no verían al astro rey y sólo percibirían de él, en algún momento, un pálido resplandor como el que precede al amanecer, sin que el día llegase nunca.

Se estremeció. No por el frío externo, sino por aquel otro sentimiento de soledad que había sido su única compañía durante tres años. Al andar por las calles se cruzó con antiguos conocidos que le miraban curiosamente, sin decidirse a saludarle y demasiado sorprendidos de verle otra vez allí.

Alquiló un coche sin chofer y se dirigió a la Base Aérea por la ancha autopista que enlazaba la ciudad con la base del S. A. C.

[1]

En el límite de la misma se detuvo ante la barrera que impedía el paso. De una de las cabinas de la guardia salió un centinela con una metralleta al hombro.

—Documentación —pidió, seco.

Mike miró al rostro hermético y duro del centinela.

—Deseo ver al coronel Kruger.

El centinela negó con firmeza.

—No le está permitida la entrada, señor Parson.

—¿Me conoce?

—Viene su fotografía y filiación en el «Boletín de Seguridad». No puede pasar.

Mike apretó con ambas manos el volante y realizó un esfuerzo

para contenerse. Le habían tratado igual que a los espías o a las personas sospechosas de serlo.

—Aun así, deseo ver al coronel.

—Lo siento, son órdenes.

El centinela se retiró para permitirle hacer la maniobra y Mike volvió el coche para regresar a Nanunak.

Cuando entró en la ciudad se había calmado lo suficiente para trazar un plan de acción. Aquellas dificultades eran lógicas, teniendo en cuenta sus antecedentes, pero si quería librarse del estigma que pesaba sobre él debía demostrar su inocencia.

Se detuvo ante el «Esquimal Club» y entró en el local. Había sido reformado sustancialmente y desde la misma puerta se advertía su prosperidad. Dejó el abrigo en el guardarropa y recogió la ficha que le entregaba la pelirroja sonriente. Luego pasó al bar, poco concurrido porque todavía no habían salido de la Base los oficiales y pilotos francos de servicio.

Se acodó en el mostrador y casi al instante le pusieron un *whisky* ante él, sin aguardar a conocer sus deseos. Todo el personal había cambiado desde la última vez que él estuvo allí, y por primera vez se dio cuenta de lo difícil que era seguir una pista que había tenido tres años de tiempo para enfriarse.

Alguien introdujo una moneda en la sinfonola y un disco ya viejo empezó a sonar. A Mike le produjo una agradable sensación volver a escuchar a los Platters un éxito de tres años atrás, «Only you».

Eran demasiados los recuerdos que acudían bajo el influjo de aquellas voces.

Se volvió.

Debió haberlo esperado. Allí estaba Alma Lloyd, la dueña del club. Tenía una mirada brillante y unos labios rojos entreabiertos, que parecían dispuestos al beso. Un vestido enteramente negro la ceñía seductoramente dejando al descubierto solo sus hombros rosados.

Mike acudió a su encuentro y se detuvo a un paso de ella.

—Gracias, Alma. Es el primer saludo cordial que recibo.

—Mike.

Era un susurro. Nunca había sido un secreto para Parson el amor de Alma.

Ella se volvió y desapareció con paso vivo y ondulante en su despacho, cuya puerta se ocultaba discreta en el fondo de un corto pasillo.

La siguió casi sin darse cuenta y cuando cerró la puerta tras él, recibió a la mujer en sus brazos.

—Mike, tres años pensando en ti es demasiado.

Se besaron. Usaba el mismo perfume y había en su cuerpo aquel fuego inextinguible que la hacía tan humana. Entre sus brazos, Alma parecía decirle que debía tener seguridad en sí mismo y olvidar su rencor.

—Supe que habías vuelto... Mike, en todo este tiempo tuve muchas oportunidades para vender el club y empezar en otro lugar más acogedor, pero no lo hice.

No era posible esperar más de una mujer. Tan juntos, era difícil sustraerse a la turbadora influencia femenina.

—No obstante, sé que no estás aquí por mí.

—Han sucedido muchas cosas, Alma, y yo...

—No sigas, Mike... Nunca te he pedido nada, ¿verdad? Sé que soy una tonta, pero sigo queriéndote. El tiempo no me ha hecho olvidar, pero no estoy ciega. ¿A qué has vuelto, Mike?

—¿No lo adivinas?

Se apartó de ella y recorrió pausadamente el confortable despacho, cuyo suelo estaba cubierto por una gruesa alfombra de nudos.

—Sí. Conociéndote a ti y después de haber oído tantas cosas acerca de tu caso, sé que tratas de reivindicar tu buen nombre.

—Lo dices como si fuera una locura.

Alma se dejó caer en un butacón de cuero y cruzó las hermosas piernas.

—Lo es.

—¿Por qué? ¿Crees que puedo vivir en paz sabiendo que todos me consideran un traidor?

—Hay muchos lugares donde nadie te conoce. En cualquier sitio podrías empezar de nuevo, sin riesgos. En cambio, aquí...

—Continúa.

—Puedes verte metido en algún lío y nadie te creará.

—Prefiero arriesgarme. Soy un piloto y en cualquier sitio que trate de conseguir trabajo solicitarán informes. ¿Crees que habrá

alguien dispuesto a darme una oportunidad? Tú sabes bien que no hay ninguna compañía comercial que desdén los informes.

—¡Hay otros trabajos!

—No para mí.

La hermosa mujer fue hasta él y le echó los brazos al cuello.

—Estoy cansada de regir un negocio como éste, Mike. Podemos emprender otro asunto en el lugar que tú lo desees.

Se soltó.

—No, Ajina. No soy el hombre capaz de vivir del dinero de su mujer. He tomado una resolución.

Ella pasó tras su escritorio y se sentó. Luego encendió una lámpara de plata situada a su izquierda, sobre el brillante tablero.

—Quizá sea tu firmeza de carácter lo que me hizo fijarme en ti. Buena suerte, Mike.

—Como se dice en estos casos, la necesito. ¿Puedo, a pesar de todo, pedir tu ayuda?

—Sabes que te la daré. ¿Qué quieres?

—Necesito informes. Estoy, desorientado y tú puedes ponerme al corriente. ¿Sigue viniendo por aquí el coronel Kruger?

—No con demasiada frecuencia: ya sabes lo que pasa cuando un hombre se casa.

—He estado en la Base, intentando verle, pero no me han permitido el acceso. ¿Es que él me cree culpable?

—Sí. Tú conoces mejor que yo su terquedad.

—¿Hubo alguien entre mis compañeros que salió en mi defensa?

—Hasta donde yo sepa, no. Claro que Norris no cuenta.

Mike parpadeó.

—¿Continúa Norris por aquí? Iban a ascenderle.

—Rechazó su ascenso cuando supo que lo trasladarían, así que continúa de sargento. No tenía mujer que le excitase la ambición y prefirió seguir husmeando por aquí y rompiéndose la cara con el que hablaba mal de ti.

Parson sonrió, emocionado.

—Por lo menos, sois dos las personas que habéis permanecido fieles.

Alma encendió un cigarrillo.

—¡No creo que eso nos sirva de mucho!

Había amargura en su voz y Mike comprendió que la había

herido dolorosamente. Por eso acudió junto a la mujer y se puso tras ella, mirando los hombros desnudos y el amplio escote que permitía adivinar su encantadora plenitud.

Suavemente, posó sus manos en la desnuda piel e inclinó la cabeza hasta posar el rostro en la rubia cabellera, que exhalaba una fragancia suave y tierna.

—Estoy demasiado confuso todavía, Alma, te ruego, querida...

Ella le interrumpió:

—Haz lo que creas es tu obligación, Mike: eso es lo importante.

El asintió y se dirigió a la puerta.

Con la mano en el tirador, se volvió para mirar una vez más a la hermosa mujer.

Luego, salió.

Cruzó el bar y abonó su *whisky* sin consumir. Luego recogió el abrigo del guardarropa, demasiado abstraído para prestar atención a la sonrisa de la pelirroja.

En la misma puerta tropezó con un comandante envuelto en su grueso abrigo. Tras él, vio el rostro arrugado y curtido por el hielo polar del coronel Kruger.

Mike quedó inmóvil y el jefe de la Base le miró, perplejo. El comandante, desconocido para Mike, gruñó una disculpa por la colisión. Parson no le hizo el menor caso, demasiado atento a la expresión de Kruger.

—Esta tarde me prohibieron el acceso a la Base, coronel —dijo a guisa de saludo.

El coronel se humedeció los labios.

—Usted está separado del servicio, ¿no? Aun así debería recordar las ordenanzas que prohíben la entrada a los civiles.

—Quería hablar con usted, coronel.

—No creo que haya nada importante que tratar.

—Tiene usted un curioso sentido de la lealtad, Kruger. Siempre he creído que un jefe es casi un padre para sus subordinados. No sé por qué se me ocurrió que se alegraría de verme después de lo que me ocurrió.

El coronel torció el gesto.

—Lamento desilusionarle.

El comandante que le acompañaba terció:

—No sea estúpido y abandone Alaska. ¿Cómo quiere que le

digamos que no es persona grata?

Mike le miró como si se tratara de un insecto.

—Dígale a este tipo que no se mezcle, Kruger.

El comandante le dio un zarpazo en el hombro, obligándole a volverse.

—¡Oiga! ¡No voy a consentirle...!

El muchacho puso expresión de asco.

—No me toque, ¿lo ha oído? Soy muy susceptible desde que he vuelto. ¡Suélteme, le digo! —gritó.

El comandante se humedeció los labios, intimidado, y retrocedió un paso.

Kruger tronó:

—¿Está borracho, Parson?

—No; tan sólo me desborda el asco.

—Le haré una advertencia, de todas formas: tengo instrucciones severísimas en relación con usted. Vaya con cuidado.

Pasó de largo, seguido por el comandante-ayudante.

Mike se cerró el abrigo y salió a la calle. La sangre le hervía, pero al sentir el frío aire en el rostro y en los pulmones se serenó. En el coche no le costó más que unos minutos llegar ante el edificio donde el sargento Norris tenía su apartamento.

Pulsó el timbre y oyó unos pesados pasos al otro lado de la puerta.

La cerradura funcionó y Norris parpadeó al reconocer a Mike.

—¡Tú... aquí...!

Se abrazaron reciamente. Mike, entre los enormes brazos del sargento, creyó que sus costillas se quebraban una a una.

—Llegué esta mañana y me sorprendí al saber que estabas aquí —dijo cuando Norris le soltó—. ¿Por qué rechazaste el ascenso?

El sargento cerró la puerta y precedió a Parson al interior de su reducido apartamento. Preparó un *whisky* en el mueble-bar y se lo llevó a su amigo.

—Me gusta esto.

Estaba de espaldas, preparando otra mezcla.

—¿Y porque te gusta tenías que pelearte contra todo el que hablaba mal de mí?

Norris gruñó algo relativo a los chismosos. Luego, cuando se volvió hacia Mike, tenía una expresión confusa en su rostro.

—No debes creer todo lo que te digan.

Era como un niño grande, muy rubio y con los ojos claros. Desde que Mike había ingresado, los dos se convirtieron en inseparables amigos. En aquella época Norris pasaba por momentos difíciles a causa de la enfermedad de su madre. Lo que ganaba no era suficiente para atender al tratamiento y durante varios meses Mike le había dado casi todo el sueldo que cobraba. Aquello era algo que Norris no podía olvidar, aunque el sacrificio de ambos no pudo evitar el fatal desenlace.

—De todas formas, gracias, Bill. No sabes lo que significa para mí tu fidelidad. Acabo de ver al coronel y me ha tratado como a un perro. Él y su ayudante.

—El comandante Evans sólo puede vivir de la adulación — desdeñó Bill Norris—. ¿Por qué has venido, Mike? No te esperaba.

—Ésta es mi vida.

—No; temo que no. Las noticias han llegado hasta aquí. Se supo que te canjeaban por ése espía, Barikov, y también que la C. I. A.

no confiaba en ti; te estarán vigilando, Mike, y el hecho de que hayas venido solo puede empeorar tu situación.

—Lo sé, pero soy inocente.

—No me cabe duda. Pero ¿qué esperas hallar aquí?



—¿Qué haces aquí?

2 — Red

—Yo no hago más que darle vueltas a mí cabeza, Bill. Si soy inocente, tiene que haber un culpable, un traidor. Los cazas rasos me aguardaban en la ruta que yo seguía, en la hora precisa, y además mi

«U-2»

había tomado fotografías, sin que yo lo supiera, de las bases de

Nanunak, Chevak y Hooper Bay. Les llevé una buena información, Bill, y yo soy inocente.

—¡Rayos! Esa misma cuestión ha rondado mi cabeza en este tiempo.

—¿Por eso no aceptaste el ascenso, Bill?

El sargento desvió la vista.

—Bueno, yo quería seguir el asunto hasta el final.

—¿Y has encontrado algo que pueda ayudarme?

Lentamente, Norris negó con la cabeza.

—No —suspiró—. He seguido los movimientos de todo el mundo, pero... no soy muy experto en deducciones.

—Hay un solo procedimiento en estos casos para hallar una pista, Bill. ¿A quién se le vio con más dinero del normal últimamente?

El sargento arrugó el entrecejo y Mike tuvo la impresión de que el fiel gigante se estrujaba el cerebro, como si pretendiera extraer de él algún líquido vital.

—Son muchos los que han prosperado.

—¿Sí? ¿Quiénes?

—Carter ha sido uno de ellos.

—¿Francis Carter? ¿Mi compañero de habitación en la Base?

—Ajá. Ha montado una pesquería de salmón con la que gana una fortuna todos los años... pero no se ha retirado del servicio activo.

Parson se frotó la barbilla, meditabundo.

—Y además ha engatusado a Clara.

Norris parpadeó.

—¿Lo sabes?

—Les vi juntos en Washington.

El sargento movió la cabeza.

—Lo siento, Mike. Son demasiadas malas noticias es muy poco tiempo, ¿no?

El aludido se encogió de hombros, amargamente.

—Pienso que si una mujer pierde la fe en uno es que no merece lágrimas de desconsuelo.

Norris le sirvió más *whisky*.

—¿De dónde sacó Carter dinero para la pesquería?

—No lo sé. Se asoció con alguien, creo. Carter no entiende

mucho del salmón y lo deja todo en manos de su socio.

—¿Cómo se llama?

—Harry Morgan. Apareció por aquí poco después de tu captura. Frecuentó el «Esquimal Club» y acabó casándose con Eileen.

—¡Cuántas cosas han ocurrido en mi ausencia!

—También Kruger se casó. Dicen que ella es millonaria. De todas formas, el coronel vive ahora como un potentado.

—¿Y el senador Taylor? ¿Continúa por aquí?

—Ahora más que nunca. Se ha convertido en presidente de la «Alaska Airways» y ese cargo le obliga a permanecer gran parte del año aquí, al frente de las líneas aéreas.

Mike se incorporó.

Tenía el rostro sombrío y una expresión dura que inquietó a Norris.

—No cometas locuras, Mike.

Éste no respondió. Desde la puerta hizo un saludo silencioso y desapareció en la escalera, bajo la mirada preocupada del sargento.

CAPÍTULO IV

Mike encendió un cigarrillo, una vez sentado tras el volante de su coche, y lanzó una bocanada de humo. Arrojó el fósforo por la ventanilla y se recostó en el mullido asiento.

La conversación con Norris le había confundido aún más. Por lo que podía deducir, en aquellos tres años demasiadas personas relacionadas con él habían prosperado de una manera insólita. En algún momento de su cautiverio pensó que no le sería difícil averiguar la identidad del que le había traicionado con sólo comprobar quién disponía de más dinero del normal. Sin embargo, ahora veía que tan elemental medida no iba a proporcionarle dato alguno.

Pulsó el botón del encendido y despegó el vehículo de la acera. El sol estaba ya en el poniente y todo hacía pensar que muy poco después llegaría el crepúsculo y luego la noche, pero Mike sabía que aquella impresión era engañadora y que el sol se limitaría a recorrer la línea del horizonte sin penetrar nunca en los blancos glaciares que se extendían más allá de donde alcanzaba la vista.

Las calles de Nanunak se habían animado al salir de la Base los hombres francos de servicio. Las tiendas y los locales de diversión habían encendido sus rótulos luminosos para atraer clientes.

Mike desfilaba a escasa velocidad, tratando de poner orden en sus pensamientos...

Torció por Main Street y en la acera opuesta vio una figura que le resultó conocida. Caminaba airosamente, ceñida por un traje chaqueta que revelaba su atractiva silueta. Confuso, la miró mejor. No podía creer que Mayra estuviera allí, en la helada Alaska, a miles de millas de su habitual feudo, en Reno. Quizá no era ella, sin embargo, y se trataba sólo de un parecido asombroso.

Hizo una maniobra para seguir a la hermosa mujer a prudencial distancia, hasta asegurarse de que se trataba de Mayra.

Tenía, desde luego, el mismo cabello rojizo, y sus piernas eran largas y rectas. Sus caderas, al andar, oscilaban con aquella sugestividad que en Reno había comprometido sus mejores horas.

Mike sacudió la cabeza. Era demasiada coincidencia encontrarla allí, y no dejaba de llamarle la atención. Mayra vivía en Reno del juego, como «punto» de uno de los infinitos locales destinados a distraer la forzada estancia de quienes acudían a divorciarse. Allí Mayra endulzó su estancia, y ahora la tenía frente a él, casi al alcance de su mano.

Pisó el acelerador para adelantarla e invitarla a subir a su coche, pero en aquel instante salió otro vehículo por una calle lateral y tuvo que frenar para evitar la colisión. Esto le hizo perder unos instantes y desde lejos vio cómo Mayra entraba en un chalet de lujoso aspecto, rodeado por amplio jardín.

Llegó hasta allí, no obstante, y aparcó ante la verja. No había señal de Mayra, aunque estaba seguro de haberla visto entrar. Descendió del coche y se acercó al portón donde veía brillar una placa de latón.

Antes de llegar pudo leer el nombre escrito en ella: «Harry Morgan».

Su entrecejo se frunció. Según Norris, Morgan era socio de Francis Carter en la pesquería. ¿Qué relación podía existir entre Morgan y Mayra?

—No irás a decirme que venías en mi busca.

La frase, dicha a su espalda, le hizo volverse vivar mente. No; no era Mayra, sino Eileen Gordon, una de las chicas de Alma que había trabajado en el «Esquimal Club». Su cabello cobrizo reflejaba los rayos del sol dándole una apariencia irreal. Seguía siendo bonita, pero tenía trazos violáceos bajo los ojos y una tristeza indefinible en el semblante.

—¡Eileen!

Se estrecharon la mano. La muchacha le sonrió.

—Acabo de saber por Alma que estabas aquí... Me alegro de que te soltaran, Mike... ¿Es verdad que estás en dificultades?

El muchacho se encogió de hombros.

—Alma le da demasiada importancia a las cosas. También yo he

sabido de ti, Eileen. Sé que tienes un gran marido.

La antigua bailarina miró desdeñosamente la placa de latón con el nombre de su esposo.

—Oh, sí. No lo sabes bien.

Mike captó la amargura de su voz.

—¿Desilusionada?

—En la vida se cometen muchos errores, y uno de ellos es perseguir el dinero por encima de las demás cosas. Lástima que no vivamos dos veces para aprovechar la primera experiencia. Perdóname que no te invite a entrar, pero... apenas sé si ésta es mi casa. Tomaremos una copa en el bar de la esquina.

Mike siguió a Eileen. La había conocido frívola y alegre, y ahora no podía decirse que lo fuera. Algo la había cambiado profundamente, como si en el dolor hubiera encontrado la madurez.

Ante sendas copas, Mike preguntó:

—¿Qué te ocurre, Eileen?

Bebió ella largamente.

—No puede decirse que sea el marido ideal.

—¿Es infiel?

—No me preocupa —se encogió de hombros—. Eso sólo tiene importancia cuando hay amor. El mío murió hace mucho tiempo... si es que realmente existió. Harry es profundamente egoísta y cruel. Es un, borracho, además. Me maltrata y... me escupe siempre a la cara que me sacó de un local nocturno. No es el mejor procedimiento para enamorar a una mujer, ¿no crees? Yo tengo mis sentimientos, Mike, aunque hasta ahora haya vivido como la cigarra.

Mike palmeó la mano femenina.

—Si puedo ayudarte...

—Para conseguir algo tendrías que cambiarle el alma a Harry y ésa es una operación que no se realiza todavía, aun con el adelanto de la cirugía.

—Háblame de él. ¿Por qué te casaste?

—Era una oportunidad. Él tenía dinero, mucho dinero, y me ofrecía seguridad.

—¿Dónde lo ganó? ¿O lo heredó, quizá?

—No lo sé.

—¿Cuál es su origen? ¿Dónde nació? ¿Conoces a su familia?

Eileen negó a cada pregunta.

—Un día apareció aquí, gastando fuerte... y eso es cuanto sé.

—¿No es extraño? ¿Nunca le has preguntado?

—Y su respuesta fue que tampoco él me había preguntado sobre mi pasado.

Hundió la barbilla en el pecho y estuvo así unos minutos. Mike pensaba velozmente.

—¿En qué época vino a Nanunak?

—Le conocí el mismo día que hiciste tu último vuelo. No puedo olvidarlo porque se armó jaleo aquí al saber que te habían derribado.

—¿A qué se dedica?

—Montó una pesquería de salmón.

—En sociedad con Francis Carter, según creo.

Eileen le miró intrigada.

—Sabes muchas cosas para las pocas horas que llevas en Nanunak.

—He querido recuperar el tiempo perdido.

Ella terminó su copa.

—Alma me dijo lo que pretendes, Mike. ¿No es una locura?

El muchacho dio vueltas a su *whisky*.

—Guárdame el secreto, ¿quieres?

—Sí, pero... ¿Por qué me interrogas en torno a Harry?

—No es él quien me interesa, sino... Carter. Él fue compañero mío de cuarto en la Base.

—¿Piensas que él...?

—Busco datos, tan solo.

La muchacha hizo una señal y el camarero le rellenó la copa.

—¿Qué participación tiene Carter en la pesquería?

—La mitad, creo.

—Sí, pero... ¿qué hace él? ¿Quién dirige la empresa?

—Todo está en manos de Harry.

—¿Puso acaso Carter el dinero?

—Lo ignoro, Mike. Harry no me habla de nada.

Parson abonó las consumiciones.

—Perdóname, Eileen, tengo prisa. Y si puedo hacer algo por ti...

Ella le tendió una mano al tiempo que negaba mansamente.

Una vea en su coche, se preguntó qué papel jugaría Mayra en la

vida de Harry Morgan.

Sacó el vehículo de su aparcamiento y se situó en una calle próxima, desde donde podía vigilar la entrada del chalet. Aguardó allí pacientemente a que Mayra saliese, pero vio llegar antes a Eileen. La antigua bailarina cruzó la cancela y se adentró por el sendero que conducía a la veranda. Mike imaginó que la llegada de Eileen precipitaría la despedida de Mayra, más no sucedió como esperaba.

Aguardó todavía media hora y sólo entonces pensó que Mayra se había marchado antes de que llegara Eileen y mientras él hablaba con la antigua artista del «Esquimal Club».

Molesto consigo mismo por haber perdido tanto tiempo, abandonó el lugar y se dirigió a la casa del coronel Kruger, situada en las afueras de Nanunak, en la carretera que conducía a la Base.

Cuando se acercó a la puerta del jardín vio al coronel con una pequeña azada de jardinero removiendo la tierra para hacer una plantación. Al oír el crujido de la cancela, el coronel se volvió e irguióse, muy serio, con una expresión colérica en su semblante.

—Ya le dije lo que pensaba de usted, Parson —recordó, incisivo.

Mike se detuvo a unos pasos, con las manos en los profundos bolsillos del abrigo.

—¿Por qué esa obstinación, Kruger? Usted me ha condenado sin permitirme la menor defensa.

—No soy yo quien le condenó, Parson. Lo hizo la C. I. A. por mí.

—Si estoy libre es porque no encontraron causa contra mí, ¿no cree?

—No es un héroe, y eso es suficiente.

—¿Acaso lo es usted, Kruger? —Mike se enfurecía por momentos—. No hace falta que responda. Usted no ha volado ni una sola vez por Siberia. ¿Se siente cómodo tras su escritorio, coronel?

—¡Márchese!

—No me iré hasta no decirle lo que siento, Kruger. Vine pensando que usted me ayudaría.

—Se equivocó. No tenía motivos para creerlo.

—Incluso yo pretendía ayudarle a usted.

—Es gracioso. ¿A qué puede ayudarme?

—A encontrar al traidor que envía información a los rusos.

—¿De qué habla?

—Alguien me traicionó, Kruger. Alguien conoció mi plan de vuelo y lo transmitió a los rusos. Ellos me aguardaban en el punto exacto y, además, alguien averió mis aparatos de telefotografía y captaron vistas de las bases que encontré en mi camino antes de salir de Alaska.

—Es una idea muy descabellada y, en absoluto, puede justificar lo ocurrido.

—No pretendo justificarme, sino demostrar mi inocencia.

—Temo que sea un poco tarde. Y ahora...

—¿Usted aprobó mi plan de vuelo, coronel?

—Sí, pero...

Su rostro se contrajo, colérico. Mike no le permitió explotar.

—¿Vio algo incorrecto en aquel plan?

—No, puesto que lo aprobé.

—¿Quién más lo conoció?

—¿Por qué esa pregunta?

—He tenido mucho tiempo para pensar que los pilotos de aquellos dos cazas soviéticos lo conocían tan bien como yo: sabían el lugar, la hora y la altitud exactos donde me encontraba. No fue casualidad.

El rostro del coronel enrojeció hasta ponerse lívido.

—¡Haré que lo encierren por toda su vida, Parson! —gritó.

La puerta del chalet se abrió y una voz femenina inquirió:

—¿Qué te ocurre, Mac? ¿Por qué gritas?

Mike se volvió en redondo y notó un nudo en la garganta.

Ella no pareció afectada, sin embargo. Con paso seguro, se acercó al coronel y le tomó del brazo.

—No te excites, querido, ya sabes lo que dice el médico. — Luego se encaró con el muchacho y pidió—: Si está en sus manos, le ruego no altere a mí esposo, señor...

Dejó sin terminar la frase, como si no le conociera y esperase a que les presentasen. Mirándola a los ojos, Mike se preguntó una vez más hasta dónde podía llegar la capacidad de fingimiento de las mujeres.

Mayra resistió su mirada con absoluta desenvoltura, como si, efectivamente, jamás se hubieran conocido, como si no hubieran

intimidado en Reno.

—No te mezcles en esto, Mayra —gruñó Kruger—. Y usted, Parson, abandone Nanunak o tendré que pedir a la C. I. A.

que se lo lleven de aquí. Usted sabe lo que eso significaría.

Mike lo sabía. Una sola denuncia malévola, como la que insinuaba Kruger, y nadie le salvaría.

—Encontraré al traidor, pese a todo —afirmó Mike.

Y sólo entonces se dio cuenta de que había expresado en vos alta su pensamiento.

Mayra se llevó al coronel al interior de la casa y Parson la siguió con la mirada hasta que desaparecieron. No parecía que los años hubiesen pasado por Mayra. Continuaba con su misma silueta incitante y no había perdido ni uno solo de sus trucos, ensayados miles de veces, para encender la imaginación de los hombres.

En sus manos, Kruger, el hosco y testarudo coronel, no sería sino un trozo de cera sin personalidad.

Mike volvió a su auto y cerró la portezuela con rabia.

CAPÍTULO V

Mike avistó la lujosa residencia del senador Taylor y sintió un oscuro rencor en su corazón, no por el político que usaba de su influencia para sus asuntos particulares, sino recordando a Ciara, su sobrina. Pese a lo que había dicho en Washington y a sus promesas formuladas a sí mismo para olvidar a la muchacha, aquel antiguo cariño no había muerto todavía.

Cerró la llave de contacto y dejó que el coche resbalara junto al bordillo, movido todavía por la inercia de la marcha. Por fin se encontró a dos metros del coche del senador, aparcado allí mismo, y apretó el pedal del freno. El vehículo se detuvo en seco.

La casa tenía un jardín raquítico a su alrededor, en el que apenas crecían algunas especies por lo riguroso del clima. La fachada era de ladrillo rojo y, el tejado, muy pronunciado, de losas de pizarra.

Se deslizó en el asiento para salir directamente a la acera y entonces vio que alguien salía de la casa. Escasamente diez metros le separaban de la verja, pero identificó a Alma.

La dueña del «Esquimal Club», luego de ceñirse mejor el abrigo de piel, echó a andar con ligereza por la acera, en dirección contraria adonde estaba el coche de Mike, sin verle.

El muchacho se pasó la mano por la barbilla, pensativo, y abandonó al fin el coche.

Tras el campanillazo, acudió un criado que le hizo pasar a un salón. Apenas se había sentado cuando la puerta se abrió para dar paso al propio senador.

—¡Mi querido Mike!... —exclamó con los brazos abiertos, mientras acudía a su encuentro.

Parson se dejó abrazar. Taylor usaba la más cordial de sus efusiones electorales.

—Me enteré que estabas libre de nuevo y... ¡qué alegría! Pero ¡qué alegría!

Le abrazó de nuevo, sin dejar de palmearle la espalda. Mike tuvo que sonreír.

—Es agradable saberse bien recibido —suspiró.

Se sentaron ambos en sendos butacones, Taylor era un hombre de unos cincuenta años, ágil y fornido, que vestía con elegancia. Parecía un ranchero en día festivo y esto le daba un aire más ingenuo.

—¿Por qué no había de ser tratado como merece un héroe de nuestra aviación?

—Quizá Clara pueda responderle a eso.

El senador sonrió y luego lanzó una carcajada jovial.

—Ya entiendo. Estás celoso por el comportamiento de Clara —se incorporó para servir un *whisky* que reposaba en una preciosa botella de cristal tallado, situada sobre una bandeja de plata, en la que había varios vasos que hacían juego—. Yo te diré lo que sucede con mi sobrina: desea saber si continuas amándola.

Mike parpadeó. No había pensado en que el corazón de una mujer puede ser cruel e ilógico.

Sin embargo, ella no había mostrado el menor deseo de recomenzar aquello que terminó con su viaje a Siberia.

—Temo que no sea así. Pero no he venido para hablarle de eso, senador.

—Por tu acento veo que es algo grave.

—Así es. ¿Qué sabe exactamente de mí?

Taylor parpadeó, sorprendido.

—¿Te refieres a la investigación de la

C. I. A.?

Mike asintió.

—Veo que está enterado.

—Oh, por supuesto. Me llamaron a declarar.

—¿Y...?

—Estás libre, ¿no? Eso demuestra tu inocencia.

—No por completo.

—No seas quisquilloso, muchacho. Yo sé que eres inocente. ¿Cómo ibas a estar en contacto con los rusos? ¡Tonterías! Nadie medianamente sensato puede creer en eso.

—¿No le dice nada el que me hayan separado del servicio?

—Bueno —carraspeó—. Un simple medida de seguridad, especialmente de cara a la Prensa.

Parson se adelantó en el sillón.

—Usted sabe que eso no es cierto. Yo soy sospechoso porque mi aparato de telefotografía llevó datos preciosos.

—Una avería...

—No fue una avería, senador.

Taylor arqueó las cejas.

—¿Qué tratas de darme a entender?

—Alguien descompuso mi aparato, senador. La misma persona que les comunicó a los «Mig» mi plan de vuelo.

—¿Estás loco? —Taylor se bebió de golpe su *whisky*—. ¿Pretendes decirme que hay o había un traidor en la Base?

La afirmación del muchacho le hizo guardar un largo silencio.

Luego, suspiró.

—Sé lo que pretendes: ahora lo adivino. Estás decidido a descubrir al que te envió a Siberia.

—Sí.

Taylor le sirvió más licor, pero sólo fue un pretexto para escanciarse él mismo.

—Si yo estuviera en tu lugar haría lo mismo.

Mike se sorprendió.

—Es la primera persona que no intenta disuadirme. Debo hacerlo, senador, si quiero encontrar alguna vez trabajo. Con esta mancha en mi historial nunca podré hacer nada.

—En eso te equivocas. Eres un experto piloto polar y en mi Compañía tienes un puesto. ¿Lo aceptas?

—¿Por qué me habla de eso?

—Sólo para demostrarte lo equivocado que estás. Si lo aceptas tendrás un buen porvenir... y Clara volverá a ti. Aun con amor, a las mujeres les gusta saberse protegidas y atendidas en sus necesidades. ¿Qué decides?

—Creo que antes veré de investigar algo por ahí...

Taylor se encogió de hombros y sonrió.

—Eres un testarudo como yo lo era en mi juventud. Sólo voy a decirte una cosa: cuida no estropees tu situación.

Mike se incorporó y se dirigió a la salida. Taylor le preguntó:

—¿Tienes alguna idea?

Negó él.

—En absoluto. ¿Y usted? ¿Puede ayudarme, senador?

—Temo que no.

En el jardín, Mike encendió un cigarrillo y aspiró el humo ansiosamente, como si la nicotina pudiera darle alguna clase de inspiración. Luego miró la hora: comprendió entonces que la calle estuviera prácticamente vacía. Eran las nueve y todo Nanunak cenaba a aquella hora. Sólo el inacabable crepúsculo le había desorientado.

Entró en su coche y puso el motor en marcha para acudir al hotel. Alguien, desde el departamento posterior, pidió:

—¿Me das fuego?

Mike giró en redondo. Mayra tenía un cigarrillo colgando de sus gruesos labios y una mirada sensual en sus entrecerrados ojos.

—¿Qué haces aquí? —preguntó el muchacho, sorprendido todavía.

—Siempre has sido muy descuidado, Mike: dejaste el coche abierto y entré.

—Parece que has recobrado la memoria. Esta tarde ignorabas mi nombre.

Ella dejó de interesarse por su cigarrillo y se recostó en el mullido asiento; luego cruzó las piernas, mostrándolas en exceso.

—Debo guardar las apariencias, ¿no, Mike? Soy una señora.

—La esposa del coronel.

—Sí.

—¿Cómo hiciste para enamorar a ese viejo puritano?

—¿No me concedes ningún mérito?

Mike asintió.

—Demasiados. ¿Dónde le conociste?

—En Reno, claro está. Mac hizo un cursillo estratégico en Nevada y visitó Reno.

—Eso fue antes de que yo me quedara en Siberia.

—Cierto. Un mes antes, quizá. Mac regresó para preparar la boda y entonces recibí una carta anunciándome que habían surgido complicaciones porque un tal Mike Parson se había dejado atrapar en Siberia. Aquello retrasó la boda un par de meses.

—Lo siento. Siempre tan inoportuno, ¿verdad?

Ella le miró, mostrándole sus blanquísimos dientes.

—¿Por qué hemos de pelearnos siempre, Mike? Eres cruel conmigo. He venido hasta ti y no te has portado como esperaba.

—Eres una señora; ¿no me dijiste eso antes?

—Sí —se inclinó hacia adelante y posó su mano enguantada en el codo masculino—. Bésame.

Mike no se movió.

—¿Qué has venido a pedirme, Mayra?

Ella retrocedió.

—Me has desdeñado.

—Tú sabes que no; es inútil fingir. Has venido, no por mí, sino por otra razón. ¿Cuál?

Ella rió suavemente.

—Creo que te odio un poco porque jamás conseguí engañarte. Su voz, sin embargo, no expresaba cólera.

—No hables a nadie de mí —añadió poco después.

—¿Era eso?

Asintió ella.

—No hacía falta que te arriesgaras tanto. Soy un caballero.

Hubo un largo silencio.

—Mike, antes has dicho algo que no era cierto. No mentía al pedirte que me besaras.

—No deseo enemistarme con el coronel.

—¡Es insoportable!

—¿Por qué te casaste con él?

—Deberías adivinar la razón: dinero.

—Tiene un buen sueldo, sí.

—Y una fortuna. Me enseñó una cuenta de doscientos mil, y regularmente recibe buenos dividendos de no sé qué acciones.

En la penumbra del coche quedó oculto el gesto de sorpresa de Mike.

—También tendrías tu buen dinero ahorrado, ¿no?

Ella negó.

—Me gusta el lujo, y tú lo sabes: joyas, pieles y cosas así. En Reno era preciso vestir muy bien.

—¿Te llevo a algún sitio, Mayra?

—Tomaré un taxi; es más prudente. No difundirás mi pasado, ¿verdad, Mike? Eso provocaría un escándalo y Mac tendría que

separarse de mí para no arruinar su carrera... Y la verdad es que me gustaría cobrar su seguro.

La frialdad de aquellas palabras causó un estremecimiento en Parson. Mayra no trataba de ocultar sus deseos.

Sin otra despedida, la hermosa mujer salió del coche y caminó ágilmente por la acera. Al llegar a la esquina desapareció, y Mike sacó el vehículo de allí, tratando de poner orden en el torbellino de ideas.

Mike cerró la puerta de su habitación y empezó a despojarse del abrigo. Su movimiento quedó interrumpido por el timbre del teléfono.

Sabía qué voz iba a escuchar cuando descolgó el auricular.

—¿Señor Parson?

—¿Otra vez usted?

—Hum. ¿Lo ha pensado ya?

—¿Qué debo pensar?

—Se lo dijimos «allá». ¿Lo ha olvidado? Necesitamos gente... y pagamos bien. Olvídense de esa estúpida idea de encontrar al que le traicionó y beneficiese. Usted es un hombre de suerte. ¿Por qué no ha de aprovecharla? Nadie cree en usted ya. ¿A quién espera convencer?

Los nudillos de Mike blanqueaban por la presión de los dedos al sujetar el auricular.

Súbitamente se decidió: era el camino más corto, pero también el más peligroso.

—¿Qué debo hacer?

Al otro lado del hilo hubo una breve vacilación, como si su interlocutor se hubiera sorprendido.

—¿Decidido hasta el fin?

—Sí.

—Bien. Encontrará un sobre en la guantera de su coche. No lo abra. Salga ahora mismo y tome la carretera de Matanuska. En algún lugar de ella se encontrará un coche en dirección contraria que apagará y encenderá los focos tres veces. Usted hará lo mismo y se detendrá. A la persona que acuda le dará el sobre, ¿entendido?

—Sí.

—Cuando regrese encontrará el dinero en la mesita del teléfono de su habitación. Buenas noches.

Colgaron al otro extremo y Mike no se molestó en tratar de localizar la llamada. Quienquiera que la hubiera hecho habría tomado las debidas precauciones.

Sin cenar, volvió a la calle y entró en su coche, aparcado junto al bordillo. Los trasnochadores se dirigían a los locales nocturnos para disfrutar de los espectáculos que en ellos se ofrecían y, mirando en torno, Mike se dijo que alguna de aquellas personas sería la que le había llamado por teléfono.

Era extraña aquella súbita invitación. No acababa de comprender la razón de la misma. En la guantera estaba, efectivamente, un sobre abultado y lacrado sin ninguna indicación exterior que permitiera adivinar su contenido. La misión que le habían encargado no parecía difícil. Nada hacía pensar que fuera precisa la colaboración de él para entregar el sobre a la persona que le aguardaría en un coche en la carretera de Matanuska.

¿Qué otra razón podía existir?

Sacó el coche del aparcamiento y se dirigió a la salida de Nanunak. Quizá el que le había hablado ocupaba un puesto importante dentro de la sociedad de la ciudad y algún compromiso oficial le impediría desplazarse hasta el punto de la cita. Podía ser así, pero Mike no acababa de quedar conforme.

Algo le impulsó a sacar la pistola que había adquirido en Washington y comprobar su carga. Más tranquilo, la devolvió a las profundidades del bolsillo y enfiló la carretera.

Un sol frío y anaranjado rozaba la raya del horizonte, lejano e inasequible. Su infatigable presencia quebraba los nervios de quienes no estaban acostumbrados a aquel fenómeno veraniego. A Mike no le afectaba ordinariamente, pero en aquel momento se sentía desasosegado y maldijo aquella tierra inhóspita que los hombres se esforzaban por hacer habitable.

Había recorrido cinco kilómetros cuando los faros de un coche aparecieron en la lejanía. No había tráfico alguno a aquellas horas y Mike levantó el pie del acelerador.

El coche que venía en dirección contraria estaba muy lejos todavía, pero avanzaba a buena marcha. A unos quinientos metros apagó los focos y los encendió por tres veces consecutivas, y Mike, obediente a la señal, hizo lo propio.

Apretó las manos en el volante... Sentía frío en la espalda: Un

frío que no estaba producido por la baja temperatura, sino por un presentimiento.

El coche se detuvo junto a un talud, aguardándole. Mike se mordió el labio inferior. Podían ser aprensiones suyas, pero después de su estancia en Siberia se había jurado no fiarse jamás de nadie.

Despacio acortó distancias. Podía ser una trampa.

¿De qué podía servirles él a los espías, si estaba desprestigiado y prácticamente vigilado?

El razonamiento le pareció lógico. Deslumbrante como un fogonazo, la verdad se apareció a los ojos del muchacho.

Querían matarle.

Frenó a una decena de metros. Un silencio agobiante reinaba en la solitaria carretera. Sólo un loco o un desesperado como él podía haber acudido a la cita. De la guantera sacó el sobre y lo sopesó. Su contenido podían ser muy bien papeles de periódico. Durante unos segundos que se hicieron interminables trató de buscar una salida. Con la diestra en el bolsillo del abrigo, aferrando la culata de la pistola, se sintió algo más calmado.

Luego, súbitamente, encendió los focos bañando de luz el automóvil que le aguardaba.

El único ocupante del mismo alzó una mano para no quedar deslumbrado y luego salió.

—¡Apague esos faros! —gritó, avanzando a su encuentro.

Mike obedeció. Su enlace iba solo, pero tras aquel talud alzado a un lado de la carretera podía encontrarse alguien, un asesino.

El conductor del otro coche se acercó, cuidando de que el ala del sombrero le ocultara el rostro todo lo posible. Mike, sin embargo, había tenido tiempo de mirarle cuando le deslumbró con los faros y no le conocía.

—Trae algo para mí, ¿verdad?

Mike le mostró el sobre.

—Bien: démelo.

El muchacho se lo ofreció a través de la abierta ventanilla. El enlace lo guardó en su bolsillo sin mirarlo y dijo:

—Ahora, acompáñeme. Tengo algo para usted en el coche.

—No me hablaron de eso.

—Lo imagino, sucedió a última hora.

—¿De qué se trata?

—Es un paquete. Sólo tendrá que dejarlo en su coche y alguien lo recogerá.

Mike descendió del coche y fue tras el desconocido. Éste abrió la portezuela de su «sedan» y mostró el interior.

—Lléveselo.

Era un paquete como una caja de zapatos, sólidamente atado con un bramante. Mike alargó la mano para cogerlo, pero el sol de medianoche le salvó con sus largos y oblicuos rayos reflejando en el suelo la sombra del que tenía a su espalda.

Vio cómo alzaba el brazo armado dispuesto a disparar. Mike se revolvió como una centella y aferró la mano que sostenía la pistola. Dio un seco golpe, torció la mano armada y alzó la rodilla.

La pistola rodó por el suelo y el agresor lanzó un grito angustiado. El canto de la mano de Mike golpeó el cuello de su enemigo y éste se desplomó como la res bajo la mano del matarife.

Miró el talud sin que percibiera ningún movimiento amenazador y se inclinó sobre el desvanecido espía; Hábilmente le frotó el cuello y unos segundos después recobraba el sentido.

—Bien, amigo, ahora charlaremos —gruñó Mike, mordiendo las palabras—. ¿Quién te mandó contra mí?

Su contrincante movió la cabeza, todavía envuelto en las brumas de la inconsciencia.

Mike le abofeteó con rabia.

—¡Habla!

—No lo sé.

—Ésa es una excusa muy tonta. Vamos, estoy decidido a todo. Imagino que conoces mi historia: eso debería decirte que soy un desesperado. ¡Vivo! Estoy aguardando.

Lo izó de un tirón y volvió a abofetearlo. Su enemigo cayó sobre el «capot» del coche, gimiendo. El golpe en el cuello le había restado muchas energías.

—Yo sólo soy un peón en este juego.

—No ha sido esa mi pregunta.

El enlace se acarició el cuello, todavía torcido por el golpe. Jadeaba. Tenía los ojos inyectados en sangre y una expresión acorralada en ellos.

—Hablaré, pero no aquí.

Mike percibió el destello de aquellos ojos oteando el talud por

encima suyo y en una fracción de segundo comprendió el peligro que corría.

Se dejó caer al suelo, como si de pronto le hubieran fallado las piernas. Tocó la carretera con las rodillas y se deslizó de lado, sacando la pistola al mismo tiempo. Sonó un disparo tras él. Sintió incluso el aleteo del aire desplazado por la pesada bala y luego vio la crispación de su prisionero, el jadeo y el borbotón de sangre que de pronto inundó su camisa blanca.

Mike se revolvió hacia el talud y disparó ciegamente. Las balas arrancaron surtidores de tierra de la cima del talud, desalojando al oculto tirador. Éste, volvió a hacer fuego, sin precisar la puntería, y Mike se dio cuenta de que trataba de huir.

Corrió hacia la cuneta y, pegado al desmonte, se deslizó hacia su extremo para sorprender al tirador.

Cuando llegó al final del cortado vio a una cincuentena de metros que un «jeep» corría por el campo a gran velocidad, alejándose del lugar.

Era demasiada la distancia existente para identificar la matrícula o las características del vehículo, y además, los oblicuos rayos del sol le daban de lleno en los ojos.

Exhaló un suspiro y regresó a la carretera. Su prisionero estaba muerto sobre un charco de sangre. Nadie había en los alrededores y parecía poco probable que hubiera sido escuchado el fragor del tiroteo.

Se inclinó sobre el cadáver y lo registró. Contenían sus bolsillos los, objetos propios de un hombre. Le quitó, por supuesto, el sobre que él había llevado hasta allí y registró su cartera. Había dinero que no tocó, y tarjeta de identidad y permiso de conducir a nombre de Jack Allen. También, una llave de la habitación 107 del hotel Dalton, el mismo donde él se alojaba, y otra más pequeña con una chapita de latón en la que leyó: «Pesquerías Morgan-Oficina».

La contempló durante unos segundos, dándose cuenta de la importancia de aquel hallazgo. Algo confuso había en aquellas pesquerías debido a la participación que en ellas tenía Francas Carter, su antiguo compañero de cuarto en la Base.

Se quedó con ambas llaves y examinó luego el paquete que había ido a buscar. Como sospechaba, era una trampa, pues sólo contenía tacos de madera y piedras sin valor. Rasgó el sobre que le

habían encargado llevar hasta la carretera y encontró únicamente recortes de periódico.

Estaba claro que deseaban matarlo y que aquel truco había servido para sacarlo de la ciudad a fin de acabar con él sin testigos.

Echó una nueva ojeada al cadáver y retornó a su coche con la clara sensación de que estaba acercándose a la clave del misterio.

CAPÍTULO VI

Entró en el hotel Dalton y saludó al encargado de recepción.

—¿Está el señor Dalton en su oficina? —preguntó Mike.

El empleado negó sonriente.

—Temo que no, señor. Dijo que tenía jaqueca y que iba a acostarse.

Parson tomó la llave de su habitación y subió por la alfombrada escalera. El primer piso, donde estaba la habitación 107 se hallaba silencioso, como el resto del hotel. No había nadie a la vista, ni siquiera la doncella de servicio, y recorrió el pasillo ahogando sus pasos en la alfombra.

El cuarto 107 estaba tras un recodo. Volvió a observar a su alrededor y metió la llave en la cerradura.

Giró ésta y Mike empujó la puerta. Las cortinas estaban corridas casi por completo y sólo penetraba un delgado hilo de luz del exterior.

Cerró tras sí, y se encaminó a la ventana para cubrirla por completo con las cortinas a fin de encender la luz sin que nadie la viera desde el exterior.

Alzó las manos, sujetó las cortinas y fue a correrlas cuando percibió un roce a su espalda, quizá fue un aviso de su sexto sentido.

Quiso volverse pero no le fue posible. Algo muy duro le golpeó la cabeza haciéndole caer de bruces sobre el terciopelo de las cortinas. Inútilmente trató de sujetarse y suavemente se deslizó hasta el suelo.

Cuando despertó tenía la boca reseca y dolor lacerante en la cabeza. Gimió y se revolvió encima de la cama. Cada uno de sus

movimientos representaba un sufrimiento insoportable, pero siguió agitándose luchando por abrir los ojos y aferrarse a la realidad.

Por fin pudo despegar los párpados. Se encontraba muy mal. Sus dedos arañaron la ropa de la cama y sus ojos vagaron por su propio dormitorio.

El sol de medianoche iluminaba la habitación. No podía calcular la hora ni, momentáneamente, recordaba lo ocurrido.

Se incorporó, mordiéndose los labios. Creía estar volviendo al pasado, otra vez cuando los interrogatorios estaban a la orden del día.

Pero nunca había sido alojado en un apartamento tan confortable.

Posó la cabeza entre ambas manos y los codos en las rodillas. Se hallaba vestido incluso con el abrigo. Penosamente se lo quitó y también la chaqueta.

Tiró las ropas a un lado y una llave se deslizó de un bolsillo.

Entonces lo recordó todo.

Él había entrado en la habitación 107 que pertenecía a Jack Allen, pero alguien le había golpeado. Luego, desde el primer piso, lo habían trasladado a su propia habitación, en el piso segundo.

¿Cuánto hacía de aquello?

Miró el reloj. Casi tres horas.

Se incorporó y apoyándose en los muebles llegó al baño. Abrió los grifos de la bañera y se metió en el agua caliente después de haberse quitado la ropa.

Permaneció allí media hora, relajándose. Alargó la mano y de un estante cogió un tubo de aspirina. Dos tabletas pasaron a su estómago y continuó en el agua. Al salir se enrolló una toalla empapada en agua fría en torno a la cabeza y cuando se vistió de nuevo habían desaparecido casi todas las molestias. Un parche con gasa y desinfectante era toda la señal que quedaba de su anterior malestar.

Se embutió el abrigo y bajó al piso primero. La habitación 107 permanecía cerrada, pero Mike estaba decidido a entrar y aplicó el hombro a la hoja de madera.

Antes de que hiciera fuerza, una voz tras él preguntó:

—¿No es un procedimiento un poco raro para abrir una puerta, Mike?

Se volvió. Oliver Dalton estaba allí, sonriente, impecable como siempre.

Los dos hombres se miraron casi con violencia. Parson gruñó:

—¿Tienes la llave de esta habitación, Oliver?

—Algo mejor que eso: dispongo de una llave maestra que abre todas las cerraduras de mí hotel.

—Dámela.

—¿Por qué? ¿Se te ha perdido algo dentro de esa habitación, Mike?

—No estoy para bromas, Dalton, y deberías darte cuenta de ello. Hace tres horas entré aquí y alguien me golpeó hasta dejarme sin sentido.

—No me extraña; es lo menos que puede ocurrirle a alguien cuando entra en una habitación que no le pertenece.

—Esto no es un chiste —Mike Se contuvo a duras penas—. Es algo muy serio.

—Sí, y estoy esperando a que me des una satisfacción antes de llamar a la policía.

—¿Vas a hacerlo?

—Depende de lo que me digas. No me gustan los clientes que entran en las habitaciones de otros huéspedes y que además parecen dispuestos a derribar las puertas a golpes.

—Oliver, ¿estás tratando de ponerme dificultades?

—Tan sólo pongo orden en mi hotel. ¿Qué buscas ahí dentro?

—Tengo fundados motivos para sospechar que el ocupante de esta habitación es un espía y que puede llevarme hasta sus jefes.

Dalton hizo un gesto vago.

—Quizá la estancia en Siberia te haya trastornado algo, Mike. El señor Allen es un simple oficinista de las Pesquerías Morgan.

—Yo sé bien que hacía algo más. Vamos, abre, tengo que registrar ese equipaje. Sin duda habrá algo comprometedor para su organización.

El dueño del hotel esbozó una sonrisa, burlona.

—No te creo, Mike, pero eso no importa. Tú sabrás que tramas. Pero sí voy a decirte que no hay nada en esa habitación.

—¿Cómo lo sabes?

—Hace una hora llamé por teléfono al señor Allen diciendo que había surgido un viaje inesperado y que mandaría a por su

equipaje. Así ha sido. El mensajero trajo incluso dinero para abonar la cuenta...

—¡Eso no es posible!

—¿Por qué no?

—¡No puede haber llamado Allen...! —se detuvo y apretó los puños. No podía decir que él lo había visto muerto, porque eso le crearía graves conflictos.

—Continúa, Mike, es interesante lo que decías.

—¿Quieres abrir no obstante esta puerta, como un favor personal?

—Por supuesto que sí.

Dalton introdujo en la cerradura la llave maestra y franqueó la entrada. Una simple ojeada bastó a Parson para comprobar que no había nada en aquella habitación, ni la menor señal de que allí hubiera residido durante mucho tiempo una persona.

El propietario del hotel cerró de nuevo.

—¿Vas a decirme ahora la verdad, Mike?

El muchacho le señaló la herida de la cabeza.

—¿Te convencerá esto? Me golpearon al entrar y luego me trasladaron a mí habitación.

Oliver soltó una risita.

—No puede negarse que tienes imaginación.

Mike le miró atentamente, tratando de penetrar en los pensamientos de su interlocutor.

—¿Qué tal esa jaqueca, Oliver?

—Bien; los analgésicos sirven para estas ocasiones.

—Sí. ¿Qué hacías aquí ahora? ¿Me esperabas acaso?

—Duermo poco y mal. Salí a dar una vuelta para ver si todo estaba en orden.

—¿Cuántas llaves hay de esta habitación?

—Sólo una y la trajo el mensajero para que abriésemos la habitación. Ahora está en conserjería.

—¿Y llaves maestras como ésa?

—Dos: una ésta, que pertenece a la doncella de servicio, y otra la tengo en mi despacho. A propósito, ¿cómo dices que has entrado la vez anterior?

—Tenía la llave de Allen, y yo me pregunto cómo pudo entrar otra persona aquí antes... —miraba a Oliver, acusadoramente.

Éste se encogió de hombros.

—No sé; de todas formas, esto es un poco raro y, si quieres, puedo llamar a la policía para que investiguen...

Se burlaba de él, sabiendo que no le convenía atraerse las sospechas de la Ley.

Mike empezó a bajar las escaleras.

—No es preciso. Yo me ocuparé de encontrar al que tomó mi cabeza por blanco.

Bajó al «hall» y se detuvo a interrogar al empleado. Su declaración coincidía con la de Dalton: una hora antes había llamado Allen para que entregasen el equipaje al mensajero que enviaría.

Era evidente que no podía tratarse de Allen, pues lo había dejado muerto, pero sí de los cómplices de éste.

—No había visto anteriormente a ese mensajero, señor, lo siento. Quizá lo reconociera si volviera a verlo, pero...

No podía sacar más de aquel interrogatorio. Se dirigió a la puerta de la calle y al volverse para cerrarla vio en lo alto de la escalera la figura de Oliver Dalton que le había estado espiando todo el rato.

Salió a la solitaria calle. Hacía frío a pesar del pálido sol del horizonte, quizá a causa de su malestar. Se envolvió mejor en su abrigo y caminó hacia el garaje donde había dejado el coche. Luego lo pensó mejor y fue andando. En un bar que estaba abierto tomó un *whisky* para darse algo de calor y obtener cierta información.

—¿Las pesquerías Morgan? —Gruñó el dueño que ya se disponía a cerrar—. Encontrará las instalaciones en el mismo puerto, frente al muelle sur. Pero si busca trabajo temo que ya no lo encuentre: la temporada está muy avanzada y la plantilla cubierta.

—Gracias de todas formas.

Caminando por entre la fría soledad de las calles dirigióse al puerto. Sólo allí había cierta actividad porque dos barcos pesqueros hacían los preparativos para hacerse a la mar.

Mike encontró el muelle sur y allí vio unos grandes barracones que exhalaban un olor ofensivo para quien no hubiera pasado la mayor parte de su vida en el mar.

Se metió por entre los barracones, desiertos a aquellas altas horas de la madrugada, y descubrió el destinado a oficinas. La llave

que había quitado de los bolsillos de Allen estaba en su mano y se había templado a su contacto.

Una última ojeada le bastó para comprobar que nadie le espiaba y, rápido, metió la llave en la cerradura y entró.

Era una oficina de regulares proporciones con un solo escritorio, un armario y varios archivadores. Directamente Mike se dirigió a la mesa y se sentó en el sillón giratorio.

Con toda probabilidad, aquél era el lugar de trabajo de Jack Allen, y si algo revelador acerca de sus actividades secretas podía encontrar todavía lo hallaría allí.

Tiró de los cajones, pero estaban cerrados, por fortuna, era una mesa de madera, de modelo antiguo, cuya cerradura no era difícil violentar. En sus circunstancias, Mike no estaba dispuesto a respetar barreras tan débiles y con un destornillador que encontró en una caja de herramientas situada en uno de los armarios, violentó la cerradura.

Abrió el cajón central y acto seguido tuvo acceso a los laterales. Allí se acumulaban documentos, nóminas, pólizas de seguro, estudios de producción, partes de pesca, facturas y carpetas con correspondencia. Todo normal en una pesquería de salmón. Nada parecía irregular ni extraño. Según aquellos datos, la pesquería estaba resultando un negocio excelente y no era extraño que tanto Harry Morgan como Francis Carter vivieran con lujo.

Al fondo del cajón central encontró una agenda de cubiertas de piel. Mike la hojeó rápidamente, y en las primeras páginas encontró una serie de números equivalentes a letras del alfabeto.

El muchacho parpadeó. Aquello tenía todas las trazas de una clave secreta.

La repasó. Efectivamente, gracias a una combinación de números y letras se podían construir toda clase de mensajes sin que ningún probable escucha pudiera comprenderlos.

Con sonrisa satisfecha en su atezado rostro, Mike fue a guardarla en su bolso y al hacer el movimiento preciso algo se deslizó de entre las hojas de la agenda.

Revoloteó el pequeño papel y cayó al suelo. Mike lo recogió y lo leyó.

«La semana próxima».

Tres palabras. En sí, apenas significaban nada, pero Mike no

precisaba aclaración alguna respecto al sentido de la corta frase. Sin embargo, no era aquello lo que le hizo crisar la mano estrujando la agenda ni lo que le impulsó a morderse los labios hasta hacerse daño.

Sus ojos, fijos en aquella letra tan conocida, no acababan de dar crédito a lo que veían.

Sintió frío en su espalda y luego un sudor agobiante. Era demasiado horrible lo que estaba pensando.

Porque aquellas letras habían sido trazadas por la mano grande y poderosa del sargento Norris.

CAPÍTULO VII

Mike no levantó el dedo del timbre hasta que la puerta se abrió. El sargento Norris apareció en el hueco, y al ver a su viejo amigo parpadeó.

—¿Tú a estas horas, Mike?

—Te veo levantado y vestido, Bill —comentó Parson entrando en el apartamento de su amigo—. ¿Desde cuándo trasnochas tanto?

Norris cerró la puerta y levantó el raso que tenía en la mano.

—Tomaba *whisky* y leía unas revistas. Hoy el sueño no vienen a mí.

El muchacho se dejó caer en una butaca ante la chimenea donde ardían unos troncos. Estiró las piernas perezosamente y entrecerró los ojos, satisfecho al amor del fuego.

—¿Algún problema, Mike? —interrogó el sargento.

—Varios.

—¿Puedo hacer algo por ti?

—Por supuesto: dame un *whisky*.

Norris rió...

—Tienes buen humor.

Fue hasta la mesita donde se acumulaban botellas y sirvió escocés legítimo en un alto vaso que llevó acto seguido a su amigo.

Mike le observaba. Norris parecía seguro de sí y tan inocente como siempre.

—Rechazaste un ascenso, Bill. ¿Por qué?

Su amigo le miró, sorprendido.

—¿A qué viene eso ahora, Mike?

—Responde, ¿quieres?

Se encogió de hombros el sargento.

—Me encuentro bien aquí.

—Ésa no es toda la verdad.

—Bueno; ¿quieres oírlo decir? No me gusta hablar de eso, pero... Yo siempre pensé que fuiste traicionado, y... traté de averiguar algo.

—Ésa es una gran verdad, Bill. Fui traicionado, sí... Por alguien muy íntimo.

Arqueó las cejas el sargento.

—¿Has sabido algo?

Quizá sí. Bill, ¿no había nada más que te retuviera aquí? No es lógico que un militar de profesión renuncie a un ascenso únicamente por amistad.

—¿Qué quieres decir?

—Mi cabeza no reposa un instante; quizá esté demasiado fatigado, pero miles de ideas afluyen a mí cerebro... Te asustarías si pudieras conocerlas todas... Te parecerían salidas de una mente enferma. Y es que, ¿sabes?, me siento acosado y no es una sensación agradable después de un cautiverio de tres años en Siberia. No, Bill, no puedes hacerte una idea de lo que es mi vida. Por desgracia he aprendido a desconfiar de todos, incluso de quienes están más próximos a mí.

—¿Estás acusándome de algo, Mike?

Pero Parson pareció no escucharle.

—Esta noche recibí una llamada telefónica de alguien que desde que la

C. I. A.

me soltó ha estado haciéndome proposiciones para convertirme en traidor. Hoy acepté. Trataba sólo de acercarme a la organización y descubrir todo el tinglado. Las instrucciones eran llevar un sobre que encontraría en mi coche hasta la carretera de Matanuska donde el ocupante de otro coche lo recibiría. Demasiado tarde comprendí que era sólo una trampa para asesinarme sin testigos.

Mike se incorporó y paseó por el «*living*». Sentía sobre sí la mirada de Norris con una especie de alarma en el fondo de las oscuras pupilas. Mike llegó hasta la repisa de mármol de la chimenea y miró la serie de objetos acumulados allí. Unos trofeos deportivos, una botella con un barquito en su interior, un vaso con *whisky*, un portarretratos con la fotografía de la madre de Bill y una placa de plata que le habían dedicado sus compañeros con motivo

de un aniversario.

Objetos todos que Mike había visto docenas de veces antes. Perdida su mirada, como si viviera de nuevo sus recuerdos, se volvió hacia el sargento.

—Trataron de asesinarme allí. Fui más listo o tuve suerte, no lo sé. El caso es que murió Jack Allen, uno de ellos. El otro huyó sin que yo pudiera identificarlo. Allen tenía pocas cosas en sus bolsillos, pero lo más significativo eran dos llaves. Una de su habitación en el hotel Dalton, donde yo resido, y otra de la oficina de las Pesquerías Morgan.

—¿Por qué me cuentas todo eso, Mike? Necesitas descansar. Vamos, te llevaré al hotel, y...

—No he terminado, Bill. Quiero saber si tú llegas a la misma conclusión que yo. Entré en la habitación de Allen en el hotel y... ¿sabes lo que ocurrió?

—¿Por qué había de saberlo? —preguntó Norris, algo abruptamente.

—Alguien me golpeó dejándome sin conocimiento. No podía ser Allen porque estaba muerto, sino alguno de sus cómplices en el trabajo de espionaje; alguien que había acudido rápidamente al saber que Allen estaba muerto a fin de sacar del equipaje algo comprometedor para la organización.

—Sí, es lógico pensarlo.

—Lo que no acabo de comprender es por qué no me mataron entonces. Yo les estorbo, como me han demostrado. ¿Por qué desaprovecharon la oportunidad de tenerme indefenso y a solas en una habitación que todos creen vacía?

—Un disparo se escucha demasiado en la noche, y...

—Hay cuchillos. O manos para estrangular. O agua en la bañera para ahogar. Nada de eso hace ruido... y yo estaba inconsciente. ¿Por qué no me mataron entonces?

—Pareces lamentarlo.

Mike taladró a Norris con la mirada.

—Sí, Bill; es doloroso desengañarse una vez más.

—No te comprendo...

—La persona que estaba en aquel cuarto es alguien que, a pesar de todo, a pesar de haberme traicionado hace tres años, siente afecto por mí.

Bill se le acercó y le tomó por el brazo, firmemente.

—Mejor que te vayas, Mike. Ahora mismo —añadió mordiendo las palabras, ahogándolas casi en sus labios y empujándole hacia la puerta.

—Pero...

—Buenas noches, Mike.

Abrió la puerta y lo sacó fuera. Había una mirada desesperada en sus ojos. Parson estuvo a punto de golpearle, pero había tanta angustia en la expresión de Norris que, súbitamente, sintió lástima. No era posible olvidar una sincera amistad de años y arrojarla lejos como un desperdicio, sin permitir siquiera un respiro al que, a pesar de todo, seguía siendo su amigo.

Norris cerró la puerta casi al instante y Mike empezó a bajar las escaleras.

Se detuvo en la misma puerta de la calle, sintiendo en el rostro el frío procedente de las heladas cumbres de las montañas visibles desde allí. Pensaba en Norris y en su inesperada reacción. Había miedo en sus ojos cuando lo sacó de casa, y su gesto no era el del que trata de salvarse, sino el instinto de protección de quien teme lo peor para la persona que aprecia.

Mike arrugó la frente por la intensidad de su pensamiento. Norris lo había sacado de su apartamento como si dentro de él pudiera amenazarle algún peligro.

Además, había algo extraño, algo insólito que no acababa de recordar...

Dio un respingo al darse cuenta de lo que era.

¡Había alguien en las habitaciones interiores de Norris!

Sin duda, algún miembro de la red de espionaje. El vaso de *whisky* abandonado sobre la chimenea lo probaba.

Subió la escalera a toda velocidad, deseando llegar a tiempo. Norris le había protegido sacándolo de su apartamento porque sabía que su cómplice estaba escuchando toda la conversación y que trataría de asesinarle en vista de lo que había averiguado.

Se detuvo ante la puerta del apartamento y llamó. Los agudos timbrazos no produjeron reacción alguna en el interior. Mike, sabiendo que cada segundo que perdía era una probabilidad menor de capturar al cómplice de Norris, se lanzó contra la puerta sin medir las consecuencias de su acto.

La hoja de madera cedió ante la violencia del ataque. Mike se precipitó dentro del «*living*» y se detuvo a la vista del cuerpo de Norris, tendido sobre la alfombra.

Se inclinó sobre él. Tenía un balazo en el pecho que le había causado la muerte instantánea.

Se incorporó y recorrió las habitaciones en busca del asesino, pero no encontró ni rastro de él. Los agudos timbrazos le habían hecho huir.

La ventana de la cocina estaba abierta, y la escalera de incendios ofrecía una fácil salida.

Regresó al «*living*» y se arrodilló junto a Norris, sintiendo un nudo en la garganta. En cierto modo, él había sido el causante de su muerte. El asesino había escuchado sus palabras en las que deliberadamente había insinuado la culpabilidad de Norris para obligarle a hablar, creyendo que estaba solo, y aquello le condenó porque la organización no podía permitir que se desarticulara la red de espionaje por debilidad de uno de sus miembros.

Miró el rostro contraído de Norris leyendo en él un sentimiento de rebeldía que le había llevado a la muerte. Mike podía adivinar muy bien lo ocurrido. Imaginaba claramente la violenta conversación entre Norris y su asesino. Él no podía matar a Mike, ni consentir que nadie lo hiciera. Malo era lo que había hecho hacía tres años al comunicar a los rusos el plan de vuelo de su mejor amigo, pero aquella canallada no pensaba coronarla con otra mayor. De las palabras habrían pasado a las manos, y Norris había recibido aquella bala en el corazón.

Le cerró los espantados ojos y murmuró:

—Pese a todo, no te guardo rencor, Bill. Algo muy poderoso debió obligarte a ser traidor, pero yo encontraré a tu asesino.

Se incorporó y cerró la puerta del apartamento. Nadie parecía haber escuchado la fractura de la puerta ni menos el disparo, producido sin duda con silenciador.

En el centro del «*living*», Mike decidió registrar el apartamento hasta encontrar, algo que pudiera revelarles los contactos de Norris.

Durante un par de horas, Mike examinó cuidadosamente la vivienda del que había sido su amigo. Nada insólito había allí, al parecer. Ni siquiera, el laboratorio fotográfico que había montado en un cuarto trastero sin luz exterior y en el que Bill revelaba sus

propias fotos, a las que era tan aficionado.

Regresó al «*living*» con una sensación de fracaso que le restaba energías. No podía creer que Bill hubiera colaborado con los rusos durante más de tres años sin que nada en su propio domicilio revelara aquellos contactos ilegales.

Miró en torno una vez más. Quizá había un escondite secreto que no acababa de encontrar.

Pensando solo en eso repasó de nuevo el apartamento. Una por una, revisó las habitaciones, las muebles y hasta el *parquet*, y cuando de nuevo se encontró en el «*living*» su mirada se sintió atraída por la estantería que cubría una de las paredes.

Había comprobado anteriormente que todos los libros eran auténticos y que nada existía en su interior. Pero esta vez analizó el mueble meticulosamente.

Y al fin encontró que uno de los estantes era más estrecho que los demás, como si tuviera menos fondo.

Golpeó allí y lo encontró hueco. Hallar la fórmula para abrirlo fue cuestión de unos instantes y latiéndole el corazón desordenadamente se apoderó de un cuaderno con cubiertas de hule escrito hasta la mitad por la letra poderosa de Bill Norris.

CAPÍTULO VIII

Mike llamó a la policía desde un teléfono público sin dar el nombre y luego de haber comunicado la muerte de Norris se encerró en su habitación del hotel.

Inmediatamente se puso a leer lo que Norris había escrito en el cuaderno. Era una especie de diario que el sargento había llevado desde que se iniciara la penosa enfermedad de su madre, como si aquello le hubiera aliviado de su carga emotiva. Indudablemente, el diario había sido para Norris una puerta de escape, una liberación a sus preocupaciones, primero, y a su remordimiento más tarde. Con él había tratado de justificarse a sí mismo cada una de sus acciones.

«Mike sigue ayudándome, pero no creo que sea suficiente. Mi madre precisa un tratamiento demasiado costoso...»

Y más adelante:

«Esas llamadas me resultan demasiado tentadoras. Ellos están al tanto de lo que me ocurre. Dicen que tendré todo el dinero que precise si colaboro, pero no lo haré».

Tres días más tarde:

«Es angustiioso saber que la solución está al alcance de la mano, pero que no puedo tomarla porque me lo impide mi juramento de fidelidad».

Y una semana después:

«He recibido por correo quinientos dólares y un compromiso que debo firmar. Si lo hago, me veré ligado a ellos porque en él reconozco que les sirvo información».

Vistas las circunstancias, no era extraño que acabase por claudicar:

«He mandado el compromiso firmado, bajo sobre, a “Norik”, a Lista de Correos. Ya no puedo retroceder».

La víspera del viaje de Mike a Siberia, Norris había escrito:

«Es una canallada, lo sé, pero no puede impedirlo. Ya no puedo negarme a servirles. Mike sale mañana hacia Siberia y yo les he informado del plan de vuelo».

Al día siguiente:

«Desearía morir. O mejor conocer a alguno de los que me llaman por teléfono. Pero no se fían de mí y no me han introducido en la organización. Los mataría».

La desesperación de Norris crecía en los días siguientes, al tener más noticias de la captura de su amigo. No había pensado él que su información pudiera servir para capturar a Mike, sino tan sólo para impedir que éste fotografiara las instalaciones que le habían señalado.

Se había rebelado contra sus jefes, negándose a darles información pero éstos habían acabado por hacerle entrar en razón:

«No puedo eludir mi destino: si no sigo colaborando enviarán el documento que firmé al coronel y me formarán consejo de guerra».

Aún había dos anotaciones interesantes:

«Ahora me obligan a fotografiar instalaciones y prototipos. En mi laboratorio hago microfilms que debo meter en el interior de una moneda de un centavo, previamente dividida en dos y pegadas luego ambas caras. Esa moneda con su preciosa información tengo que entregarla en el “Esquimal Club” al abonar mi consumición».

Y la última:

«Mike ha regresado y ellos pretenden matarlo. Aunque me cueste la vida debo impedirlo».

Mike cerró el cuaderno. Sentía amarga la boca y un enorme cansancio que le impedía hallar una solución justa a su problema. Una cosa era evidente: volvería a hallar la pista en el «Esquimal Club».

En aquel instante aporrearon la puerta. Mike saltó de su asiento y miró en torno, buscando un lugar donde esconder el cuaderno.

—¡Abra la puerta en nombre de la Ley! ¡Es la policía!

El comandante Evans apretó sus finos labios en gesto de determinación y repitió:

—Usted visitó el apartamento del sargento Norris.

—Sí.

—Y discutieron ambos y luego usted lo mató...

—Eso es una tontería. Era mi mejor amigo.

—¿Cómo va a probarlo?

—Hay numerosas personas que lo saben. Además, ¿qué motivo tenía para asesinarlo?

—Eso es algo que usted acabará por confesar.

—Está equivocado, Evans. He sido el primero en lamentar su muerte porque él podía ayudarme mucho en mi investigación.

—¿Qué clase de investigación es ésta?

—Usted ya la conoce. Todo el mundo lo sabe ya en Nanunak: quiero hallar a los que me condujeron a Siberia mediante una traición. Usted no estaba entonces aquí y no puede saber hasta qué punto Norris y yo éramos amigos.

—Eso no importa. Yo le haré confesar la verdad, Parson.

—Perderá el tiempo.

—De todas formas, nadie podrá salvarle de este lío. En cuanto la C. I. A.

sepa lo ocurrido se lo llevarán de aquí. No quisiera estar en su pellejo, Parson. Hable o no hable su fin será el mismo Claro que si se muestra razonable siempre se podría obtener algún trato especial.

Mike se volvió hacia el detective que le había detenido en el hotel. Era un policía que había encanecido en el oficio y que sabía cómo reaccionaba cada tipo de delincuente. No había en él nerviosismo ni odio: tan sólo una frialdad metódica que le permitía ser enormemente eficiente.

—Usted está libre de prejuicios, Armstrong, y sabe que no hay ni una sola prueba contra mí.

El aludido se encogió de hombros.

—Norris era un militar y, por tanto, esto pasa a la jurisdicción de los tribunales militares. Mi trabajo aquí es sólo auxiliar. Pero aun así le diré que hemos encontrado huellas tuyas en el apartamento de Norris.

—He estado allí varias veces.

—¿Cuándo fue la última?

—Más o menos a las cuatro de la madrugada.

—Poco después de esa hora recibimos aquí un aviso anónimo comunicándonos la muerte de Norris.

—Fui yo quien llamó.

Evans saltó:

—¡Acaba de confesar que estaba con él en el momento del asesinato!

—No sea tonto, Evans. Me entrevisté con Norris y nos despedimos. Una vez en la calle advertí algo extraño en la actitud de mi amigo y sospeché que alguien más había en el apartamento. De modo que subí yforcé la puerta al ver que nadie respondía. Y cuando entré en el «*living*», él ya estaba muerto.

—Y usted pretende hacernos creer eso —gruñó el policía.

—Es la verdad.

—¡Debería haberse buscado una explicación más lógica!

—Si la hubiera inventado, puede estar seguro que me habría buscado testigos incluso. Si parece increíble es porque responde a la verdad. ¡Allí había alguien que escuchó nuestra conversación! Ese alguien debió comprender que yo estaba muy cerca de descubrir la organización de espionaje y mató a Norris para impedir que hablase.

—¿Va a decirnos ahora que el sargento Norris era un espía ruso?

Mike bajó la cabeza. Afirmarlo equivalía a ensuciar el nombre de su amigo.

—Él sabía algo muy significativo y lo asesinaron para impedirle que hablase —contestó, eludiendo responder directamente a la pregunta.

—¿Qué podía saber, tan importante?

—Lo ignoro.

—Bien; si usted pretende que en Nanunak hay una organización de espionaje tendrá fundamentos para hacer semejante afirmación.

—Ninguno sirve ante un tribunal porque no tengo pruebas. Sólo mi palabra contra su incredulidad.

—No obstante, hable.

—Lo haré únicamente ante la

C. I. A.

El rostro de Evans se puso rojo.

—¿Es una acusación contra nosotros?

—No he pretendido tal cosa porque no estoy en condiciones de hacer semejante alarde de valor.

Evans se incorporó, claramente enfurecido.

—Enciérrelo, Armstrong, y manténgalo incomunicado hasta mi

regreso.

Luego salió y dio un portazo. El policía se incorporó y señaló con la cabeza una puerta que conducía al pasillo que comunicaba la Jefatura de Policía con los calabozos.

—Adelante, Mike.

La cerradura gimió al girar en ella la llave, y la puerta se abrió. Mike alzó la cabeza para mirar a un Armstrong confuso.

—Bueno, Mike, puede marcharse.

El muchacho arqueó las cejas.

—¿Bromea?

—No hay nada contra usted, en realidad. El superintendente así lo cree y ha firmado su orden de libertad. Usted es un tipo con suerte, no cabe duda.

Mike se incorporó del catre en el que había estado tendido e hizo una flexión para desentumecer su cuerpo dolido.

—Si quiere el consejo de un policía que ha llegado a viejo en el oficio, abandone Nanunak ahora mismo y vaya a Las Vegas. Logrará hacer saltar la banca cuantas veces se lo proponga.

—No me gusta el juego, Armstrong, y además me resultan saludables los aires de Alaska. Continuaré por aquí... si ustedes me lo permiten.

Caminó por el largo pasillo, seguido del agente Armstrong. Una vez en el despacho de éste recibió sus efectos personales, firmó un recibo en el que mostraba su conformidad por los mismos y se despidió del policía.

—¿Se ha convencido por fin el comandante Evans, de mí inocencia?

Armstrong se encogió de hombros y torció la boca para decir:

—No quisiera ser yo quien le de la noticia de que usted está libre.

Mike volvió a sorprenderse. No acababa de comprender aquello. No era lógico que lo dejaran en libertad... a menos que alguien muy poderoso hubiera influido para ello.

En la misma, puerta de la Comisaría se detuvo un instante, reflexionando. Nanunak estaba en plena actividad porque la hora era muy avanzada, próxima al mediodía.

No esperaba verse libre tan pronto. Su suerte no había sido buena en los últimos tiempos y sospechaba que en esta ocasión no

iba a ser tan fácil convencer a la
C. I. A.
de su inocencia.

Pero se encontraba libre, de eso no había duda. Y para ello alguien muy poderoso tenía que haber influido. Pero ¿quién?

Se sentía desfallecido y agotado por el escaso reposo en el duro catre de la celda. En la esquina había un restaurante y entró en él con ánimo de reponer energías.

Terminaba de almorzar copiosamente cuando vio a Clara Taylor que entraba en el local. Ella no le vio al parecer y se dirigió al mostrador. Se encaramó a un taburete con ágil elegancia y pidió algo al camarero que acudió. Mike la examinó con ansiedad a pesar suyo. Clara estaba muy hermosa y de ella emanaba un atractivo que años atrás le había cautivado. No podía evitar aquel sentimiento, aunque su tazón le dictara lo contrario.

El camarero le sirvió un café con leche y un *croissant*. Clara se despojó de los guantes y los plegó cuidadosamente encima de su bolso de cocodrilo.

Entonces le vio. Mike no apartó la vista ni hizo gesto alguno para atraerla. Durante un largo minuto, los dos se miraron con fijeza. Las verdes pupilas de la muchacha revelaron su zozobra. Luego ella se deslizó del taburete, recogió su bolso y los guantes, y cubrió la distancia que le separaba de Mike.

Éste se levantó al verla venir.

La muchacha trató de sonreír. Se la veía confusa y las palabras salieron difícilmente de sus rojos labios.

—Hola, Mike.

—No esperaba verte aquí.

—Regresé anoche. ¿Puedo acompañarte?

Mike puso la silla cortésmente y luego tomó asiento frente a ella.

—Las mujeres sois difíciles, Clara. Pensaba que todo estaba dicho ya.

Ella desvió la mirada.

—Me porté muy mal allá, ¿verdad?

—Creo que sí.

—Eres poco galante —reprochó—. Tenías que haberle quitado importancia. ¿No ves lo difícil que me está resultando darte una explicación?

Pero él no se conmovió.

—Me pregunto por qué estás aquí, Clara.

Por los ojos femeninos cruzó una sombra colérica.

—Creía que merecía algo más que tu cinismo.

—En Washington fuiste explícita, Clara. ¿Qué te ha hecho cambiar?

—He hablado con mi tío.

—Ah, el senador. Tiene ideas muy originales sobre la forma de reaccionar una mujer. ¿Está él en lo cierto?

—No sé de qué me hablas, pero...

Fue a levantarse, pero Mike la sujetó de la mano.

—Tengo motivos para no ser muy cordial. Yo creía tener derecho a un poco de fe por tu parte.

—Mike —bajó la cabeza y continuó en un susurro—. Te quiero, ¿sabes?

—¿Y qué has hecho de Carter? ¿Te has cansado de él?

—Nunca hubo nada entre nosotros.

Mike hizo un esfuerzo para no tomar a Clara entre sus brazos y besarla. Todo su cuerpo le pedía aquel acto de debilidad que calmaría su sed de cariño, pero no estaba seguro de ella ni del verdadero motivo que le había llevado hasta allí. Incluso no le parecía normal ni casual aquel encuentro, y de pronto sospechó que ella conocía que iban a ponerlo en libertad. Si eso era así, tenía que deducir que el senador había influido para que lo soltaran.

¿Qué motivos podía tener el senador para dar un paso como aquél? ¿Quizá la amistad?

Desde que abandonó la celda, tuvo la clara sensación de que le habían sacado a la calle sólo para matarlo más fácilmente y silenciar sus labios.

Miró a la muchacha con desconfianza.

—¿Te ha enviado el senador?

—¿Por qué lo preguntas?

—He aprendido a ser desconfiado, Clara. Hace unos minutos que me han puesto en libertad. Trataban de acusarme de asesinato, y... Pero ya debes saberlo.

Un camarero trajo a Clara el servicio abandonado en el mostrador, pero ella no mostró interés por él.

—Mi tío no sabe que estoy aquí.

—¿En ese caso?

—He sido muy irreflexiva y eso ha provocado entre Carter y tú un resentimiento demasiado peligroso. Estoy arrepentida, Mike, y quisiera reparar mi falta. He venido para pedirte que seáis otra vez amigos.

Mike alzó las cejas, interrogativamente.

—No creí nunca qué fueras capaz de prestarte a estos menesteres.

—Ayer estuviste en la oficina de la pesquería, Mike, Carter lo ha averiguado. No ha llamado a la policía para no perjudicar más y a cambio sólo pide que le devuelvas lo que te llevaste de allí.

—¿Cómo sabe él que me apropié de algo?

—No lo sabe; tan sólo lo sospecha. Él no quiere verse envuelto en líos, ¿sabes?

—Debió pensarlo antes.

—¡Es que él es inocente!

—En ese caso, ¿por qué teme?

—Los escándalos ensucian siempre, aunque uno no tenga relación con ellos. Él no es responsable de las actividades de su empleado. No pueden eximirsele daños por el hecho de que Allen fuera un espía.

—¿Cómo sabe él que lo era?

Clara se puso los guantes.

—Oliver Dalton habló con él para comunicarle la conversación que había mantenido contigo y ponerle sobre aviso. Tú se lo dijiste a Dalton, y Carter supuso que la persona que forzó su oficina y que no se llevó nada de valor eres tú. Un ladrón vulgar habría desvalijado la caja, y la han encontrado intacta.

—Muy interesante todo, Clara, pero no voy a acceder a las pretensiones de Carter —se incorporó bruscamente—. ¿Cómo supiste que me encontrarías aquí?

—El senador hizo gestiones para sacarte. Él quiere ayudarte y... yo también.

—Lamento tener ahora tanta prisa, Clara —desdeñó Mike, seguro por fin de sí mismo—. Otro día podremos dedicarnos más tiempo.

Se alejó de la mesa y abonó la consumición en el mostrador. Luego, sin volverse una sola vez, abandonó el restaurante.

CAPÍTULO IX

Los dos billetes de veinte dólares parecieron animar al encargado de lista de Correos.

—Me gustaría mucho complacerle, señor.

—Estoy seguro de que usted podrá responder a mí pregunta. Se trata de averiguar la identidad de una persona a la que fue enviada una carta a lista de Correos.

—¿Qué nombre figuraba en el sobre?

—Solamente uno; Norik.

—¿Norik? ¿En qué fecha?

—Aproximadamente en setiembre de hace tres años.

El encargado hizo desaparecer los billetes en su bolsillo.

—No había sido destinado todavía a esta sección, pero trataré de averiguar algo. En los libros de registro figurará y yo lo buscaré. ¿Le urge mucho?

—Bastante. ¿Cree que podrá hallar el dato que preciso?

—Estoy seguro de que sí. Al parecer, Norik no es más que una contraseña, pero la persona que la utilizó tuvo que registrar antes ese nombre e identificarse convenientemente. En realidad, yo no debería facilitarle ese dato, señor, porque va contra el reglamento, pero... estoy seguro de que usted no dirá a nadie cómo lo consiguió...

Sonreía sabiéndose cómplice, y Mike asintió.

—¿Cuánto le llevará dar con eso?

—Digamos una hora como mínimo.

—Bien. Volveré.

Salió de la, oficina de Correos y en su coche se dirigió a la Base. Como la vez anterior, fue detenido ante el portón de la misma para su identificación e igualmente el centinela le negó el paso.

—Lo siento. Tiene prohibido el acceso.

Mike salió del coche y señaló la caseta de la guardia.

—¿Quiere comunicarme con el coronel Kruger?

—Le he dicho...

—Escuche, llame al despacho del coronel y déjeme que le hable yo: verá cómo autoriza mi entrada.

Su expresión autoritaria pareció convencer al centinela que entró en el pequeño edificio. Mike le siguió, y otro centinela quedó junto al coche, a la expectativa.

El primero marcó un número y un momento después se presentó militarmente.

—Hay aquí una persona que ha insistido en verle a usted a pesar de la prohibición que existe de dejarte pasar. Se trata de Mike Parson... —se interrumpió y pareció encogerse bajo la sarta de imprecaciones del coronel—. Sí... señor... Entiendo, señor...

Pero Mike antes de que el jefe de la Base colgara al otro extremo del hilo arrebató el auricular al centinela.

—¡Escuche, Kruger! ¡Tengo que verle ahora mismo! Será mucho mejor para usted que me escuche ahora porque luego podría ser demasiado tarde. ¡Aguarde! Voy a pedir al centinela que salga de la cabina para que no escuche lo que tengo que decirle. Después de eso... usted tendrá la decisión en sus manos.

Apartó el aparato de la oreja y minó fijamente al centinela.

—Déjeme un instante solo.

—Oiga —se enfadó el guardián—, ya me ha calentado el coronel las orejas, y...

—¡Váyase de aquí! —chilló Mike, y empujó al centinela fuera cerrándole la puerta en las narices.

Luego ladró ante el micro.

—Antes de expulsarme una vez más, pregúntele a Mayra por mí.

Mike percibió claramente el desasosiego del coronel.

—¿Por qué mezcla a mí esposa en esto? Además. ¿Quién le ha puesto en libertad? ¡Usted estaba detenido acusado del asesinato del sargento Norris!

—Olvídese de todo eso ahora. Lo discutiremos en su despacho cuando usted haya dado la orden de que autoricen mi entrada. Si no lo hace, Kruger, sabrá mucha gente dónde encontró usted a Mayra y también empezarán a preguntarse cómo ha logrado usted su

fortuna. Le conviene recibirme, coronel.

Era un golpe bajo. Mike lo sabía y le repugnaba usarlo, pero estaba en juego incluso su propia vida y no podía tener piedad de nadie si quería desarticular la organización.

La voz que llegó desde el despacho del coronel era blanda, cansina.

—Está bien; dígle al centinela que se ponga al aparato.

Mike abandonó el auricular y abrió la puerta. El guardián tenía los ojos inyectados en sangre y se le veía deseoso de encontrar en el muchacho una agresividad que le diera motivo para actuar contundentemente.

Pero en lugar de eso Parson estaba jovial incluso.

—Entre y escuche a su jefe.

Un minuto después regresaba el centinela.

—Ande con cuidado, amigo. No tropiece junto a mí o tendrá ocasión de lamentarlo.

—¿Autorizó mi entrada el coronel?

—Sí; pero antes debo registrarlo.

—No es preciso —y sacó su pistola—. Mi única arma es ésta y no voy a utilizarla.

Se la tendió. Luego el centinela señaló el coche.

—Suba: le acompañaré yo.

No precisó de las instrucciones de su forzado acompañante para encontrar el edificio donde se hallaba la oficina del coronel. Mike recordaba muy bien la distribución de la Base y frenó justo en el lugar de aparcamiento de las oficinas centrales.

Siempre seguido por el centinela llegó al antedespacho del coronel. El comandante Evans al verle saltó del sillón.

—¿Cómo diablos...?

—El coronel me espera. No le haga impacientarse —le interrumpió Mike señalando, la puerta que conducía al despacho de Kruger.

Evans abrió la puerta y estuvo dentro un segundo. Cuando volvió estaba pálido por la ira.

—Entre, pero...

Mike le apartó suave pero desdeñosamente y se encontró frente a Kruger. Evans fue tras él y empezó a decir algo, pero el coronel le cortó en seco.

—No le dije que estuviera presente en la entrevista, Evans. Aguarde fuera.

El muchacho sonrió burlonamente al advertir la humillación del ayudante de Kruger. Luego que la puerta se hubo cerrado, el jefe de la Base rodeó el escritorio y, prietos los puños, gruñó:

—No me gusta que nadie me amenace, Parson, así que...

Mike se dejó caer en un sillón de cuero y señaló el otro.

—Estaremos más cómodos sentados, Kruger, porque nos llevará algo de tiempo esta conversación.

Aquel alarde de serenidad acabó por desmoralizar a Kruger.

—¿Qué... me ha dicho por teléfono?

—Algo referente a la esposa de usted. No; no crea que he venido para hablarle mal de ella, yo soy un caballero pese a lo que han hecho conmigo. Sólo estoy despejando incógnitas. Usted ha hecho creer a todo Nanunak que el dinero que gasta, el tren de vida que llevan, sus lujos, están justificados por la fortuna de Mayra. Pero usted y yo sabemos que eso no es cierto.

Clavó sus ojos en las cansinas pupilas de Kruger y sintió lástima. Siempre había sido un jefe duro, incapaz de compenetrarse con sus hombres, encastillado en una actitud de grandeza que ahora se desmoronaba estrepitosamente, en el ocaso de su carrera.

—¿De dónde... ha sacado... eso?

—Conocí a Mayra en Reno. Usted ya debe saber cuál era su vida allá, de modo que no le descubro un secreto. Usted, un hombre eternamente solo, sintió la tentación de ser humano, de gozar de aquellas cosas que puede proporcionar una mujer como Mayra. Le comprendo, Kruger. Ella hace olvidar todas las miserias de los hombres, y no le reprocho por ello. Sólo le pregunto, ¿de dónde sale ese dinero que gasta, Kruger?

—¿Con qué derecho me interroga, Parson?

—Hubo un traidor que me mandó a Siberia, Kruger. Un traidor que me vendió por dinero.

—¿Cree que fui yo? —preguntó, con un rugido.

—Quiero convencerme de que usted es inocente. Pero hasta ahora, parece culpable. Ha dado una justificación falsa a su dinero. ¿Por qué? ¿Qué oculta?

—No le diré nada.

Mike se incorporó.

—Como quiera. Eso significa su ruina, Kruger. No me va a costar trabajo informar al Pentágono respecto a las irregularidades de su vida, coronel. Tengo pruebas del pasado de Mayra, testigos en Reno que demostrarán que ella no disponía de fortuna propia, y declaraciones de personas que le han oído decir a usted que Mayra es acaudalada —se dirigió a la puerta y desde allí se volvió hacia el viejo militar—. No sé si comprende mi postura, Kruger. No deseo hacerle daño: sólo encontrar al que me traicionó. Si usted es inocente de aquello, demuéstremelo y no le delataré. Ayúdeme y le ayudaré.

Fue a abrir, pero el coronel le retuvo.

—Vuelva, Parson. Le hablaré claro.

Regresó al sillón y encendió un cigarrillo. Baja la cabeza, Kruger explicó:

—Yo influí para que una determinada Compañía se llevara la contrata para la construcción de esta Base. No hubo nada ilegal. Había dos Compañías que ofrecían igualdad de condiciones, y la contrata se la llevó mi patrocinada. En compensación, ellos me dieron una comisión y un determinado número de acciones, cuyos dividendos cobro actualmente. Esta Base costó cientos de millones, y... mi participación subió bastante. No es ilegal lo que hice, pero sí inmoral. Lo sé y desde entonces no vivo en paz. Ahora ya lo sabe todo. Vaya al Pentágono y cuéntelo.

Mike se incorporó y palmeó el hombro del coronel.

—Le dije antes que no quería hacerle daño y no voy a ensuciar su carrera. Sólo me interesaba saber que usted estaba fuera de toda sospecha de espionaje.

Kruger alzó la cabeza.

—¡No vendería a mi patria por nada!

—Le creo. Gracias, coronel. Le deseo que sea feliz junto a Mayra.

Abrió la puerta y fue a salir, pero el centinela estaba a dos pasos, encañonándole con la metralleta. El comandante Evans tronó:

—Ahora irá usted a uno de nuestros calabozos. Esta vez no podrá salir tan fácilmente. Lléveselo, centinela.

Pero Kruger apareció en aquel instante y su voz tonante invadió el antedespacho.

—Sigo siendo el coronel, ¿no es cierto, Evans?

—Sí, señor.

—¿Y a usted quién demonios le ha dado permiso para detener a Parson? ¿Es que se ha vuelto loco?

—Está probado que él estuvo con Norris en el momento en que éste fue asesinado.

—No me gusta su oficiosidad, Evans. No me gusta tampoco la gente ansiosa por hacer méritos: generalmente lo hacen todo mal, con su precipitación... Parson, puede marcharse. No hay nada contra usted. Y... suerte.

—Gracias, señor. Igualmente.

Salió del edificio y montó en su coche. El centinela no le acompañó esta vez, pero Mike no precisó de aquella vigilancia para salir de la Base por el camino más corto sin adentrarse en las instalaciones secretas.

Tenía prisa por atar los últimos cabos.

CAPÍTULO X

El encargado de la sección aparecía compungido.

—Lo lamento, de verdad lo lamento. No he podido dar con ese nombre. ¿Norik, dijo usted?

—Sí.

—No hay ningún registro bajo ese nombre. ¿Está seguro de que fue enviada esa carta a lista de Correos?

—Sí.

—No lo comprendo. Debía haberse registrado. Claro que uno no puede fiarse nunca de lo que hacen los demás. Quizás mi antecesor tuvo un descuido, o... incluso pudieron convencerle para que no dejase constancia de ese envío.

—¿Quiere usted decir que pudieron sobornarlo? —profundizó Mike en la velada insinuación del encargado.

Asintió éste.

—Bien; sólo queda entonces que me diga el nombre de su antecesor. Yo podré convencerle también. ¿En qué sección se encuentra?

—Pidió la excedencia, señor, porque al parecer encontró un trabajo más remunerativo. Trabaja actualmente en las pesquerías Morgan.

Mike arqueó las cejas. Veía claro lo ocurrido.

—Se llama Jack Allen, señor. Y de verdad que lamento no ser más útil.

Mike abandonó la oficina de Correos. Las piezas del rompecabezas se iban uniendo. Allen había sido el encargado de Lista de Correos y, como tal, podía sustraer las cartas dirigidas a Norik sin que quedara rastro de ellas. Indudablemente, la red de espionaje había organizado perfectamente sus actividades.

Y Allen había muerto, de modo que se rompía la cadena.

Una vez en su coche, reflexionó. Kruger no parecía culpable. Había averiguado que Norris fue quien le traicionó y que éste comunicaba por correo con Norik, es decir, con Allen. Los contactos desaparecían por ese lado, pero quizá la cadena podía continuar en las pesquerías Morgan, donde trabajó Allen. Francis Carter se interesaba por lo que él había sustraído de la mesa de trabajo de Allen. ¿Significaba eso que era culpable? También estaba el interés que demostraba el senador por verlo en la calle: una fórmula fácil para matarlo sin que comunicara cuanto sabía a la

C. I. A. Y.

por último, quedaba también el «Esquimal Club» y la visita que Alma había hecho al senador. ¿Tendría relación aquello con lo que investigaba? No podía responder a esa pregunta, pero sí sabía que Norri entregaba los centavos con el microfilm en el «Esquimal Club», lo cual probaba que en aquel local nocturno había un enlace con la banda de espías.

Aquellos pensamientos le recordaron el cuaderno en el que Norris escribió su diario y la agenda de Allen. Ambas pruebas las había guardado en el interior de una bolsa de nylon impermeable que metió dentro del depósito de agua del cuarto de baño, cuando oyó que la policía llamaba a su habitación del hotel.

Puso el coche en marcha y se dirigió al hotel Dalton a fin de recobrar aquellas pruebas que, junto con el resto de la investigación, pondría en manos de la

C. I. A.

cuando todo hubiera terminado.

Esperaba que nadie las hubiera encontrado durante su ausencia, aunque no estaba muy seguro de ello.

En recepción estaba el conserje que le ofreció la llave de su habitación en cuanto le vio entrar. Una vez en su cuarto, Mike se encerró y fue al cuarto de baño.

Allí estaba la bolsa y su contenido intacto. Retiró la envoltura de nylon que habitualmente usaba para sus útiles de tocador y se guardó ambos cuadernos en los bolsillos de su amplio abrigo. La agenda le recordó el breve y oscuro mensaje que había hallado en su interior: «La semana próxima», y sospechando cuál podría ser su significado, se dirigió al teléfono y marcó el número de la Base.

Un par de minutos después conectó con el coronel.

—Olvidé hacerle una consulta, Kruger —dijo Mike sin andarse con preámbulos—. ¿Proyectan ustedes alguna operación de importancia en fecha muy próxima?

—¿Por qué esa pregunta, Parson?

—Tengo fundados motivos para saber que el espionaje conoce esos planes.

Percibió el respingo del coronel.

—¡No es posible!

—Escuche. He hallado un mensaje que dice: «La semana próxima». ¿Le dice eso algo a usted?

Kruger vacilaba todavía.

—¿Qué fecha lleva?

—Ninguna. Sólo esas tres palabras.

—Bien; pudiera tratarse de eso, sí. Otro

U-2

saldrá dentro de dos días con rumbo que no puedo decirle.

—Tampoco es preciso. Y ahora, acepte este consejo. Cancele el vuelo.

—Eso no es posible. En el Pentágono aguardan los datos que ese

U-2

va a buscar.

—Si lo envía, no volverá a verlo, y mi historia se repetirá. Le he avisado, coronel.

Colgó el auricular y abandonó la habitación. En recepción estaba Oliver Dalton, sustituyendo al conserje, y al ver a Mike le llamó:

—Me alegro de que no haya sido nada lo tuyo, Mike. Me disgustó ver a la policía en mi hotel y, mucho más, al saber que te buscaban. ¿Cómo fue?

—Un error.

Sonrió el dueño del hotel.

—Lo celebro, pero mala cosa es cuando la policía comete equivocaciones con uno. Imagino que ahora te marcharás...

—Estás en un error. Todavía no he terminado mi trabajo. Ah, Oliver, muy oportuno tu aviso a Carter. ¿Siempre le mantienes tan puntualmente informado?

Dejó la pregunta en el aire y salió del hotel, satisfecho de la confusión en que había sumido a Dalton.



—*Esto es una pistola, amigo...* ¶

Mike empujó las puertas del «Esquimal Club» y se encontró en una atmósfera pesada producida por el humo del tabaco y el aroma mezclado de alcohol y perfumes femeninos. Había una veintena de clientes, bien en la barra o en alguna mesita. La sinfonola sonaba a media voz ofreciendo un bailable suave. Mike rechazó la invitación de la chica del guardarropa que pretendía despojarle del abrigo y

pasó a la sala.

En el mostrador se detuvo y junto a un alto taburete. Alzó una pierna y se encaramó a él, paseando una mirada por la concurrencia a través del largo espejo situado tras el mostrador.

Las luces eran tenues y varias chicas conversaban con los clientes. Un camarero desconocido para Mike se acercó obsequioso y sirvió *whisky* en cuanto recibió el pedido.

Parson se preguntaba quién de aquellas personas tendría contacto con los espías. Había en el local un indefinible aire de peligrosidad que no había advertido antes, como si aquello fuera un siniestro punto de reunión.

Bebió el licor y gruñó algo para sí. La falta de descanso y la tensión nerviosa le estaba convirtiendo en un visionario. Por supuesto que el «Esquimal Club» seguía tan inocuo como siempre y no tenía en absoluto ningún aire equivoco, como había pensado unos segundos antes... Aquello no era una película truculenta, sino algo bien real.

Sin embargo, allí estaba el contacto que andaba buscando.

Terminó el *whisky* para acelerar los acontecimientos y llamó al camarero para abonar la consumición. En el platillo con el «*ticket*» que le fue presentado depositó un billete de cinco dólares y una moneda de un centavo.

Al verla, el camarero vaciló. Sus ojos inquisitivos fueron de la dorada moneda de ínfimo valor en una tierra tan cara como Alaska al rostro de Parson. Éste hizo un levísimo gesto de asentimiento, casi un parpadeo. Sabía que ponía en juego el éxito o el fracaso de su empresa, y, sobre todo, su propia vida.

El camarero debió considerar que él pertenecía a la organización por cuanto se decidió de pronto. Su lengua humedeció nerviosamente los resecos labios y luego alargó la mano para llevarse el platillo con su contenido.

Mike siguió sus movimientos a través del espejo. El camarero fue a la Caja y entregó el platillo con el «*ticket*» y el billete de cinco dólares, pero ya había retirado la moneda de un centavo.

Fingiéndose entretenido en elegir un cigarrillo a su gusto, vigiló los siguientes movimientos. Vio que éste cerraba su mano izquierda con lo que creía preciado contenido y que volvía hacia él para devolverle el cambio.

—Gracias.

Ahora sólo tenía que observar qué hacía el enlace con la moneda. Quizá tratase de abandonar su puesto para llevarla al lugar convenido y tenía que estar alerta para actuar al instante. El destinatario de aquel falso conductor de microfilm se darla cuenta en el acto de que era una trampa con el único objeto de conocer aquella ramificación del servicio de espionaje. Su reacción, por tanto, sería inmediata y él tenía que adelantarse a los acontecimientos.

El camarero se deslizó hacia el extremo del mostrador y Mike tensó sus músculos. Algo iba a suceder ahora mismo.

—¡Mike! —La voz de Alma sonó a dos palmos del muchacho—. No voy a perdonarte esta vez; llevas mucho rato aquí y aún no¹ te has dignado buscarme.

Parson lanzó una maldición por lo bajo. Alma llegaba justo en el instante más inoportuno, para distraerlo.

Se volvió fingiendo una alegría que estaba bien lejos de sentir. La dueña del local alzó los desnudos brazos y acarició las solapas del abrigo.

—¿Qué tal, querida?

—Te lo diré en mi despacho, ven.

Quiso arrastrarlo, pero Mike se resistió y aprovechó aquel movimiento para poner a Alma de espaldas al lugar donde manipulaba el camarero, con objeto de ver por encima de ella los manejos de éste.

—Verás, tengo prisa...

—Mike, ¿qué juego es éste? —Los ojos femeninos expresaron una incipiente ira—. Nunca has despreciado una invitación mía...

No veía las manos del camarero, pero éste estaba haciendo algo, quizá escribía.

—¿Estarás libre esta noche? —preguntó Mike, tratando de ganar tiempo.

—Estoy libre ahora —susurró Alma.

—Sí, querida, pero...

Se distrajo contemplando cómo el camarero entregaba un pequeño sobre a un botones que se había acercado a una señal suya.

—Mike... ¡Mike! —repitió, inquisitiva—. ¡Qué raro te encuentro...! ¿Qué miras con tanto interés por encima de mí

cabeza?

Fue a volverse, pero Parson la retuvo por los hombros, y luego, rápido, se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

La caricia inmovilizó a Alma por lo inesperada. Ella cerró los ojos al sentir los labios masculinos sobre los suyos, pero Mike los tenía, bien abiertos y volviendo ligeramente a la hermosa mujer se las arregló para mirar al lugar que le interesaba.

El botones se dirigía a la salida. Mike tenía que seguirlo sin permitir que se le perdiera de vista. Estaba dispuesto a jurar que en aquel pequeño sobre estaba la moneda de un centavo que él había entregado unos minutos antes al camarero.

—No debiste hacerlo aquí, Mike, la gente nos mira y no me gustan estas escenas tan a la vista de todos —murmuró ella.

—Lo siento... Tengo prisa —el botones salía ya—. Quisiera entrevistarme con el senador. ¿Sabes si está en Nanunak?

—No lo sé —Alma se encogió de hombros, indiferente—. Hace mucho tiempo que no le veo.

Mike la miró recelosamente, con una sensación de alarma. ¡El mismo la había visto salir de la casa del senador la tarde anterior!

Pero no tenía tiempo de pensar en aquello: seguir al botones era lo más urgente.

—Volveré tan pronto pueda, nena —gruñó, dirigiéndose a la salida todo lo rápidamente que podía sin despertar sospechas.

Una vez en la calle vio al mensajero en la esquina opuesta. Mike fue tras él, agitado el vuelo del abrigo por el fresco viento que se había levantado. El botones debía ignorar por completo el significado de aquel mensaje encerrado en el sobre porque caminaba despreocupadamente, sin la menor señal de inquietud o nerviosismo.

Cruzaron varias calles y siempre uno en pos de otro llegaron al barrio residencial.

Por fin, el empleado del «Esquimal Club» cruzó otra calle y se dirigió recto a un chalet alzado en el centro de un jardín de regulares proporciones. Mike no tuvo necesidad de acercarse para saber lo que le interesaba.

Porque aquélla era la casa de Harry Morgan, el socio de Carter en las pesquerías.

CAPÍTULO XI

Mike fue a volverse pero en aquel instante notó una presión en su espalda que le inmovilizó. Al mismo tiempo, una voz que reconoció en el acto le avisó:

—Esto es una pistola, amigo... No haga gestos raros o apretaré el gatillo aquí mismo.

El muchacho miró por encima del hombro.

—Me ha seguido.

El camarero del «Esquimal Club» torció la boca.

—No podía salirle bien su intento, Parson. Hay muchas razones para ello: primera, le conozco y sé que no es de los nuestros, y la segunda, el centavo que me dio no estaba dividido por la mitad y luego pegado. Pero usted sabe muchas cosas y es preciso que charlemos en un sitio tranquilo. Mi coche está en la esquina.

Mike miró en torno. La gente pasaba junto a ellos pero ninguno sospechaba lo que estaba ocurriendo porque el camarero, envuelto en su abrigo, estaba pegado al joven como si charlasen amigablemente. Sin embargo, el bolsillo de la amplia prenda ocultaba el arma mortífera.

Por un momento, pareció que Parson iba a, iniciar un movimiento defensivo, no por desesperado menos arriesgado, pero lo pensó mejor y decidió mostrar una pasividad que le permitiría un fácil acceso al mismo corazón de la organización.

—De acuerdo, no se ponga nervioso. Yo obedeceré todas sus órdenes y usted apartará el dedo del gatillo.

—Veo que es sensato.

—¿Qué otra cosa puedo hacer? Encuentro sus argumentos sumamente convincentes.

Fueron hasta la esquina y entraron en el coche. Mike no se

resistió cuando el otro le cacheó en busca de un arma.

—No se moleste: olvidé mi pistola en la Base.

Salieron de Nanunak por la carretera que bordeaba la costa, hacia el sur. A lo lejos, en el mar de Bering, oscilaban algunos barcos pesqueros, prudentemente anclados dentro del límite de las tres millas. El sol hería las aguas que devolvían su reflejo como un espejo.

—¿Le ha enviado Alma? —preguntó Mike, súbitamente.

El camarero le miró burlonamente.

—¿Alma? —rió—. No voy a responder a ninguna de sus preguntas, Parson. No se moleste.

Por fin se detuvieron ante una serie de barracones, aparentemente abandonados o, al menos, solitarios. El agente secreto sacó esta vez la pistola sin temor a que nadie le viera y señaló con ella la portezuela.

—Baje, amigo, y recuerde que mi dedo acaricia el gatillo.

Mike obedeció sin el menor gesto de rebeldía y el camarero lo hizo tras él. Con la izquierda introdujo una llave en la cerradura de una puerta y la abrió, para apartarse a un lado y ordenar:

—Adentro, Parson.

Una vez más, Mike no mostró resistencia. Aquel barracón olía a pescado tan intensamente que por un momento Mike sintió arcadas. Su captor no pareció darse cuenta de aquel molesto olor. Se dirigió a una ventana, abrió un postigo y la luz mortecina del sol entró hasta aquel lugar.

El muchacho miró en torno, tratando de deducir algo de lo que veía. Pero no había nada revelador en aquel lugar, a no ser montones de embalaje medio destrozado con la marca de las pesquerías Morgan.

—De modo que Francis Carter y su socio Harry Morgan son el cerebro de esta red de espionaje, ¿no?

—Le dije antes que no se molestara en preguntar. Vamos, deje el contenido de sus bolsillos encima de un cajón.

Había cerrado la puerta y su pistola no temblaba lo más mínimo.

Mike obedeció. No sacó, sin embargo, la agenda sustraída de la oficina de las pesquerías ni el cuaderno del sargento Norris.

—¿Es eso todo? —preguntó el agente mirando los efectos personales del muchacho.

—Regístreme, si duda.

—Vuélvase de espaldas.

Mike obedeció. Notó cómo el falso camarero se le acercaba por la espalda y todo su cuerpo se tensó al notar una mano explorándole los bolsillos.

Actuó de pronto.

El codo izquierdo desvió la pistola y fue a volverse, pero su captor era un experto en judo y le golpeó la nuca con el canto de la mano antes de que pudiera completar el giro para apresar la pistola.

Mike se desplomó como una res en el matadero. Su captor gruñó:

—Le avisé, Parson.

Antes de que se pudiera recuperar, el agente ruso ya le había despojado de ambos cuadernos. Una simple ojeada le bastó para convencerse de la importancia de su contenido.

—Con esto sé cuánto deseaba, Parson. Es lástima que haya sido tan obstinado: tendrá que morir.

Le ató concienzudamente las manos a la espalda y luego aseguró la única ventana con una barra de hierro que inmovilizó con un candado. Por último, cerró la puerta por fuera y Mike escuchó acto seguido el ronroneo del motor al alejarse el coche.

Permaneció durante un cuarto de hora tumbado en la misma posición. Le dolía la cabeza y tenía paralizado casi todo el cuerpo. El reposo absoluto permitió que recuperara gradualmente las fuerzas. Cuando se sintió mejor, se sentó en el suelo y empezó a mover las muñecas tratando de soltárselas.

Pero su captor sabía cómo maniatar una persona de forma que se partieran los huesos antes de aflojar un nudo.

La oscuridad más completa le rodeaba. Mike se daba cuenta de que debía encontrar una forma de escapar de allí antes de que su captor regresara con el resto de los miembros de su organización. Oyendo el oleaje del mar, Mike intuyó que lo llevarían a alta mar a bordo de una embarcación y lo arrojarían con un lastre a fin de que nunca volviera a saberse de él.

Se incorporó y caminó a tientas. Quizá encontraría un fleje de hierro de los embalajes susceptible de ser convertido en un instrumento cortante. Con las manos sueltas, se vela capaz de forzar una salida en aquel barracón olvidado.

Pero no había nada cortante a la mano. Desesperado, empezó a frotar las ligaduras contra las aristas de un embalaje de madera cuando oyó en el exterior el frenazo de un coche.

¡Ya estaban allí!

Mike se inmovilizó, resignado a lo que parecía inevitable. Era el fin. A fin de cuentas, todos los que le habían aconsejado que se apartara de aquel asunto tenían razón y él, sólo él, se había equivocado. Realmente, era una locura pretender desarticular una red de espionaje tan magníficamente establecida.

Por entre el torbellino de sus pensamientos, oyó fuera una voz que pronunciaba su nombre:

—¡Mike! ¡Mike! ¿Estás ahí? ¡Respóndeme...!

El corazón latió rápidamente en el pecho de Parson. Aquella voz parecía la de Alma. ¿Qué hacía allí la propietaria del «Esquimal Club»? ¿También ella estaba complicada en el espionaje? Pero si era así, no necesitaba llamarle para saber dónde se encontraba.

Oyendo la voz de Alma, se dirigió a lo que parecía la puerta y una vez allí la golpeó con los pies.

—¡Alma! ¡Estoy aquí! ¿Puedes abrirme?

Al otro lado de la puerta, la hermosa mujer prometió:

—Lo intentaré, Mike, pero no tengo muchas fuerzas. ¡Si pudieras ayudarme!

—Estoy maniatado, Alma. No puedo valerme, como no sea con los pies y creo que de nada serviría. La puerta parece sólida.

Ella la empujó pero la madera no cedió.

—¡Va a ser difícil! ¿Qué puedo hacer? ¡Dímelo tú! Estoy demasiado asustada para pensar.

—Has venido en coche, ¿no?

—Sí.

—Seguramente llevarás en él alguna herramienta: Los desmontables de las llantas o algo así, que pueda servir como palanca. Pero deberás darte prisa: ellos no tardarán en volver.

Alma se alejó y la oyó trastear en el coche. Un momento después estaba junto a la puerta de nuevo.

—Trataré de hacer algo, Mike. Tengo lo que tú deseabas.

El hierro penetró entre la hoja y el marco, y la madera empezó a crujir. Mike, habituado a la oscuridad, podía percibir la luz que se filtraba por las rendijas de la puerta. Cerca de la cerradura, la

palanqueta accionada por Alma trataba de romper el resorte metálico que inmovilizaba la puerta.

Sin embargo, ésta no cedía, y Mike se daba cuenta de que nunca lograría Alma forzar la entrada.

Súbitamente, tuvo una inspiración.

—¡Alma! —llamó. Ella dejó de hacer esfuerzos—. ¡Escúchame bien! Monta en el coche y acércalo a la puerta. Luego acelera dando al motor la máxima fuerza: es muy posible que logres hacer saltar la puerta.

—¡Creo que ha sido una buena idea!... ¡Apártate, Mike!

Ella montó en su coche y Mike siguió por el ruido toda la maniobra. El coche giró ante el barracón y luego enfiló la puerta. Todo en un instante. El parachoques golpeó suavemente la puerta y luego Mike escuchó el rugido del motor, esforzándose por vencer el obstáculo que encontraba a su paso. La madera empezó a crujir, pero las ruedas patinaban. Entonces, Alma retrocedió vivamente, detuvo el coche, cambió la marcha y aceleró.

Mike gritó para impedir que Alma se lanzara contra la puerta locamente ante el temor de que ella se dañara, pero el ruido del motor impidió que ella le oyera.

El golpe fue violentísimo y la puerta se desgajó con un horrible crujido. El morro del coche quedó en el mismo umbral y Mike vio la rubia cabeza de Alma caída sobre el volante.

—¡Alma! —gritó.

Se precipitó en auxilio de la hermosa mujer, pero sus manos atadas le impedían cualquier clase de ayuda.

Pero no le sucedía nada grave a Alma. Cuando oyó la voz de Mike alzó la cabeza y le sonrió valientemente a pesar de la palidez que cubría sus facciones.

—Estoy bien... Creo que han sido los nervios...

—Alma, debes hacer todavía un esfuerzo y cortarme estas malditas ligaduras.

Con un alicate de la caja de herramientas le cortó las cuerdas que inmovilizaban sus manos. Tenía las muñecas cortadas y la sangre había manchado las mangas de la camisa y del traje.

—Vámonos de aquí antes de que sea demasiado tarde. ¿Estás bien?

La miró. El choque había sido violento y ella no había tenido

fuerza para sujetarse debidamente al volante. Mike comprendió que se encontraba mal al ver cómo se acariciaba la cintura.

—Te golpeaste contra el volante, ¿verdad? Quizá tienes fracturada alguna de las últimas costillas. Vamos, te llevaré inmediatamente a la ciudad.

La hizo pasar al interior del coche y él ocupó el lugar del conductor. Por fortuna, el motor funcionaba, gracias a la solidez del chasis, y a pesar de las abolladuras de los guardabarros, las ruedas podían girar sin impedimentos.

Arrancó y salió disparado de allí, dando un rodeo para no encontrarse con sus enemigos.

Recostada en el asiento junto a él, Alma había cerrado los ojos.

—Todavía no te he dado las gracias —murmuró el muchacho—. Me has salvado la vida, puedes estar segura. ¿Cómo supiste que estaba ahí?

Ella le miró. Había dolor en su expresión.

—Encontré muy raro cuanto hiciste en mi local... aquel beso y todo lo demás... Al parecer te interesaba mucho el botones... Luego, Gardiner salió tras de ti y...

—¿Gardiner se llama tu camarero? Fue él quien me capturó y me trajo a este lugar.

—Le seguí a él y vi cómo entrabais en su coche. Sólo tuve que seguiros. Cuando me acercaba le vi regresar solo y me oculté entre unos matorrales.

El la acarició.

—Una vez más, gracias.

Alma había cerrado de nuevo los ojos.

—Dime, ¿qué tiene que ver Gardiner en esto, Mike?

—Es miembro de la banda de espionaje —hubo un instante de silencio mientras el coche ronroneaba acercándose cada vez más a Nanunak. Mike tenía una pregunta a flor de labios, y al fin la formuló con voz muy suave—: Dime, Alma, dime la verdad: ¿tienes alguna relación con ellos?

La hermosa dueña del «Esquimal Club» se incorporó lentamente y contempló al muchacho, con intensidad.

—¿Desconfías de mí?

—No tengo motivos realmente, a no ser una mentira.

—¿Cuál?

—Te vi salir de casa del senador, y me has dicho que hace mucho tiempo que no le has visto.

—¿Sólo eso?

—Sí. ¿Por qué mentiste?

Ella se recostó de nuevo.

—Nunca entenderás a las mujeres, Mike. Fui para suplicarle que te ayudase a salir del enredo. Él tiene mucha influencia. Pedí por ti y... no quería que tú lo supieras.

Mike detuvo el coche y miró a Alma. Ella le sostuvo la mirada. Había verdad en el fondo de sus pupilas.

Lentamente, él se inclinó y la besó. En aquel instante no era un truco momo en el «Esquimal Club». Algo muy íntimo le impulsaba a entregarse en aquella caricia.

CAPÍTULO XII

Era la hora de cenar y a pesar de que apenas se había alimentado en las últimas horas, no sentía la menor necesidad física. Había dejado a Alma en casa de un médico y ahora se deslizaba por entre los edificios de la «Factoría Pesquera». Allí tenía que encontrar las pruebas que inculpasen a Francis Carter y a Harry Morgan, pruebas que servirían para rehabilitarle a los ojos de todos.

Siguió avanzando. La oficina estaba vacía, y continuó adelante. Había luz en un pequeño edificio situado entre dos grandes barracones.

Llegó hasta él sin que nadie le descubriera y luego echó una ojeada al interior.

¡Allí estaba Carter, ante la mesa del radiotelegrafista, transmitiendo algún mensaje!

De modo que la pesquería poseía emisora propia. Eso justificaba la rapidez con que los rusos se enteraban de los planes de vuelo.

Retrocedió sobre sus pasos y entró en el primer barracón. La puerta estaba abierta y a través de los tragaluces entraba la suficiente luz para examinar su contenido.

Allí había útiles diversos, aparejos de barcos y grandes cajas. Quizá en algún lugar del mismo encontraría lo que andaba buscando. Prefería actuar sin violencia, a fin de entregar las pruebas a la policía y que ésta pudiera efectuar una redada completa, pero si su búsqueda no daba resultado, estaba resuelto a capturar a Carter y obligarle a confesar la verdad.

Llegó al fondo del barracón y vio una pila de botes de conserva, de gran tamaño. Carecían de etiquetas, pero estaban cerrados, lo cual le hizo pensar que estaban llenos. Tomó uno y lo sopesó: contenía aproximadamente un kilo de conserva y Mike se extrañó

de que aquella clase de pescado tuviera tan poco peso.

Se encogió de hombros y fue a dejarla en el montón pero algo sonó dentro del bote. Extrañado y confuso, Mike agitó el recipiente metálico y otra vez oyó aquel ruidito sospechoso.

Sin dudarlo, Mike buscó un clavo de los embalajes y perforó la tapa. Luego, sirviéndose de aquel rudimentario instrumento, forzó la hojalata hasta ver su contenido.

No; aquello no era pescado en conserva ni salazón.

Allí había un hermoso transistor, convenientemente protegido por algodón, excepto en el lugar donde el aparato golpeaba directamente con su recipiente.

—Has ido demasiado lejos, Mike —exclamó una voz tras él.

Se volvió. Francis Carter le apuntaba con una pistola. Ya no parecía el deportista apuesto y simpático, sino un hombre desesperado.

—Te he descubierto, Carter. Tarde o temprano tenía que ocurrir.

—¿Cómo lo supiste?

—No me resultó difícil. Jack Allen trabajaba para ti y él pertenecía a la banda. Luego supe que Norris os enviaba microfilms dentro de una moneda de un centavo que entregaba en el «Esquimal Club». Yo entregué una moneda similar y sólo tuve que seguir al mensajero que la llevó a la casa de Morgan. Por si fuera poco, Gardiner me apresó y me encerró en un barracón de la pesquería vuestra, situado al sur, sobre la playa. ¿Quieres más pruebas, Carter?

Éste arrugaba el entrecejo.

—¿De qué me estás hablando, Mike?

—¡De vuestra asquerosa red de espionaje! ¡Te hablo de que tú fuiste capaz de enviarme a Siberia, donde estuve tres años! ¡Te hablo de todo cuanto he sufrido allá y de las vejaciones que he padecido aquí, a mí regreso!

—Debes estar loco, Mike. Nada tengo que ver con eso.

—¡Mientes!

Carter se acercó, firme su mano armada.

—Desde que llegaste has estado tratando de inculparme de algo de lo que soy inocente, Mike, y ya me he cansado. ¡Me odias porque te he quitado a Clara y porque voy a casarme con ella! ¡Ésa es la razón de que hayas intentado mezclarme en esa ridícula historia de

espionaje que has contado a todo el mundo!

Mike, rápido como el pensamiento, arrojó la lata de conserva que todavía tenía en su mano. El pesado proyectil golpeó el rostro de Carter y éste cayó hacia atrás, sin poder hacer fuego contra el que había sido su compañero de servicio.

Parson saltó sobre él, dándose cuenta de que estaba jugándose la vida.

Los dos hombres se enzarzaron en una lucha feroz y despiadada. Carter tenía sangre en el rostro y la violencia del golpe había reducido considerablemente sus fuerzas, pero Mike también se hallaba en iguales condiciones a consecuencia de las heridas de las muñecas.

Los golpes caían sobre los cuerpos de ambos contendientes, animados por una ferocidad fuera de lo normal. Mike, sin embargo, llevaba ventaja, quizá porque durante su cautiverio había acumulado excesivo odio hacia el traidor que le había conducido a situación tan desesperada.

Mike se incorporó pesadamente y golpeó una vez más a Carter. Éste trastabilló hasta chocar contra la pared, donde quedó inmóvil, respirando ruidosamente e incapaz de continuar luchando.

—Ahora vas a confesarlo todo, Francis: no va a detenerme nada.

—Estás loco, Mike. Sólo somos unos contrabandistas que introducimos material radioeléctrico y aparatos ópticos fabricados en el Japón. Te digo la verdad, Mike. Estos botes de conserva están repletos de buen material que no pasará por Aduana. Nos lo traen en barcos y nosotros lo recogemos en alta mar. Aquí les ponemos nuestras etiquetas y los introducimos en los Estados Unidos...

Desde la puerta, una voz bronca ladró:

—¡Ya has hablado demasiado, Francis!

Mike giró sobre sus talones, pero no podía hacer nada frente a la pistola del recién llegado. Aunque no le conocía, comprendió que se encontraba frente a Harry Morgan. Los delgados labios del socio de Carter modularon:

—Ya ha metido demasiado la nariz en esto y no voy a permitir que divulgue nuestros secretos. Lo siento... por usted, Parson.

Carter se pasó una mano por la ensangrentada frente.

—El piensa que somos espías al servicio de Rusia, Harry. Por eso tuve que explicarle cuál es nuestro negocio.

—¿No es cierto eso. ¡Morgan!? —insistió Mike.

—Por supuesto que no. Aunque no va a servirle de nada esta convicción suya, después de lo que sabe.

Mike respiraba hondo, pensando rápidamente. Tan cerca del final y la muerte parecía que iba a disputarle la victoria.

Carter se había repuesto bastante de la paliza y avanzaba por la espalda hacia Mike.

—¿Qué haremos con él, Harry? Yo no soy un asesino.

—Yo tampoco —respondió Morgan—, pero sé lo que vale mi pellejo y no voy a permitir que tu amigo me lo ponga en peligro. Alguno de los muchachos se encargará de él.

Un claxon sonó fuera y Carter se estremeció.

—Cuidado, Harry. Es el coche de Clara: ha venido a buscarme. No debe saber que lo tenemos aquí.

El claxon repitió la llamada y esto hizo que Carter descuidara la vigilancia. Mike, sabiendo tan próxima la muerte, no perdía nada con arriesgarse.

Y con la fuerza que da la desesperación, cogió a Carter del brazo y lo empujó contra Morgan, haciéndoles perder el equilibrio a ambos.

El más peligroso era Harry Morgan y Mike le golpeó sin permitirle usar su pistola, que rodó debajo de unos troncos. Carter había caído de bruces y dada su debilidad anterior quedó inmóvil, resollando pesadamente.

Mike salió disparado del barracón y cerró la puerta por fuera. Sabía que le quedaban sólo unos segundos para huir de la pesquería antes de que los dos propietarios dieran la alarma y sus hombres iniciaran una batida.

Corrió pegado a la fachada y dobló la esquina.

Tropezó con Clara. La sujetó instintivamente para no caer y la muchacha ahogó un grito de sorpresa.

—¡Mike! ¿Qué sucede? Parece como si hubiera habido una pelea... Oh, ¡pero tienes sangre en el rostro!

—No tengo tiempo para explicarte nada, Clara. Carter y Morgan desean matarme, eso es lo fundamental, y debo huir.

La muchacha le miró un momento a los ojos.

—Te ayudaré, Mike, a pesar de todo lo que me dijiste.

Se Volvió y tiró de él. Corriendo, se aproximaron al coche de la

muchacha. Ella abrió el portaequipajes y señaló su interior.

—Escóndete aquí: yo te sacaré.

Mike vaciló: podía ser una trampa. Desde dentro él nunca podría abrir la maleta, y ella sólo tendría que avisar a Carter.

Pero había sinceridad en la mirada femenina y aceptó.

—Gracias, nena.

Se deslizó en el interior del amplio recinto y Clara empezó a bajar el capot, pero en el último instante aún se entretuvo en alcanzar con sus labios golosos y perfumados la boca masculina.

Luego, Mike quedó sumido en la oscuridad más absoluta.

Un minuto después oyó las voces de Carter y de Morgan. El primero llamó:

—¡Clara! ¿Has visto salir a alguien?

—Sí —la muchacha permanecía junto al coche—. Vi a un hombre que corría hacia los muelles. ¿Qué ocurre?

—¿Le viste el rostro?

—No; ocurrió todo demasiado rápido. ¿Algún ladrón?

—Sí... —Carter vaciló—. Eso es: le sorprendimos robando. Temo que no podré acompañarte, nena —el piloto estaba junto al coche también—. Debemos encontrarlo. Más tarde iré a buscarte. Ahora, dame un beso...

—No; no te enfades, Francis: es mi castigo por tu abandono.

Desde lejos, Morgan avisó:

—¡Deprisa, Carter, o escapará!

El aludido gruñó algo y se dirigió a la joven:

—Vuelve a casa, Clara. Yo iré allí.

Un instante después, la muchacha había montado en el coche y se alejaba de las pesquerías a toda velocidad.

Una vez que estuvieron suficientemente lejos, Clara detuvo el coche y abrió el portaequipajes.

—Pasó el peligro, Mike.

El muchacho salió del oscuro recinto y se estiró en la carretera, junto al coche.

—Te juzgué mal, quizá.

—¿Todavía lo dudas?

—¿Qué derecho tenía Carter para pedirte un beso?

—Ninguno —arqueó las cejas—. ¿Celoso?

—Continuaremos hablando de eso, nena. Ahora tengo prisa.

La cogió de la cintura y casi en volandas la condujo al coche, en ademán posesivo. Ella rió y se dejó caer en el asiento, junto a Mike. Éste maniobró para continuar el camino y entraron en el centro de Nanunak. Clara continuaba pegada a él, rendida al atractivo masculino.

En una esquina detuvo Mike el coche y abrió la portezuela.

—Nos volveremos a ver —fue la despedida de Parson.

Ella compuso un gesto mimoso.

—Francis acudirá a casa. ¿Lo has olvidado?

—Será difícil que lo veas en mucho tiempo, nena. En cambio, yo estaré aquí... a menos que me suceda algo malo.

Cruzó la calle, volvió la esquina y desapareció de la vista de Clara Taylor.

* * *

Ante la verja, Mike dudó un instante, pero inmediatamente empujó la cancela y cruzó el raquítico jardín en dirección al porche. Una vez en él, alzó la mano y pulsó el timbre.

Se encendió una luz en el vestíbulo y una figura femenina avanzó hacia la puerta. Su silueta era perceptible a través de la mirilla cubierta con cristal esmerilado.

La puerta se abrió y Eileen parpadeó al verle.

—¡Mike! ¡Qué sorpresa!

Entró él y cerró tras sí. Eileen estaba envuelta en una negligée encantadora, que permitía apreciar la tersura de su escote.

—¿Cuál es el motivo de tu visita, Mike? Ya te dije que mi mando...

—Él no está ahora en casa, lo sé muy bien.

Eileen alzó la mano hasta su escote.

—No irás a pensar... Mike, mis tiempos en que divertía a los clientes del «Esquimal Club» pasaron ya: soy una señora honorable.

—Desde luego. No he venido atraído por tus encantos, Eileen. Hay un motivo mucho más poderoso: se llama, por ejemplo, Bill Norris, sargento de la Base, un hombre profundamente desgraciado que fue asesinado; y también se llama Jack Allen o, últimamente, Gardiner. Una sorpresa verme aquí, ¿verdad, nena? Estabas segura de que continuaba en aquel barracón que pertenece a las pesquerías de tu marido.

Eileen había dejado de ser la muñeca de placer que siempre

había aparentado. En su lugar había una mujer de facciones angulosas, cuyos ojos parecían puñales.

—¿Cómo has sabido la verdad?

—Los fracasos me enseñaron el verdadero camino. Gardiner te mandó por un botones la moneda de un centavo que yo entregué en el «Esquimal Club»: vi entrar con mis propios ojos al mensajero en esta casa. Ahora vengo de la «Factoría Pesquera», donde he tenido una pelea con Carter y tu marido: ambos son inocentes de la acusación de espionaje, de modo que sólo quedabas tú.

—¿Qué piensas hacer?

—Te llevaré a la policía.

—¿Qué ganarás con eso? ¿Eres acaso un agente?

—No; tan sólo recuperaré mi buen nombre.

—Yo puedo darte una adecuada compensación, muchacho. Pon un precio a tu silencio.

—No hay dinero suficiente.

Tras él restalló una voz que conocía muy bien:

—No; no hay dinero, Mike Parson: quizá plomo, sí.

Miró por encima del hombro. Oliver Dalton le apuntaba con una pistola.

—Así que tú también estás metido en esto —comentó el muchacho.

—El cerebro es Eileen y yo soy su brazo. De nada te servirá cuanto sabes.

—¿Tú mataste a Norris?

—No; fue Eileen: ella estaba con él cuando tú llegaste. Yo fui el que te aguardó en la carretera de Matanuska y el que desde el primer día en Washington anduvo siguiéndote. Mis llamadas telefónicas pretendían llevarte al desenlace que ocurrió: hacerte ir a un lugar donde fuera sencillo matarte.

—Hasta ahora no has tenido éxito en tus intentos. Oliver.

—Esta vez será distinto.

Eileen alzó la barbilla.

—Basta de charlas. Llévatelo a la parte posterior y sácalo de aquí; ya sabes lo que tienes que hacer.

Dalton agitó la pistola señalando el pasillo que conducía a la parte posterior de la casa, pero en aquel instante los cristales de una de las ventanas del salón saltaron en mil pedazos.

—¡Alto, en nombre de la Ley! —gritó una voz.

El dueño del hotel se revolvió como impulsado por un resorte y disparó hacia el lugar de donde había brotado la voz.

La réplica inmediata fue una ráfaga de metralleta que convirtió en un guiñapo sangriento el cuerpo de Oliver Dalton.

La puerta saltó en pedazos y en todas las ventanas aparecieron agentes de policía.

Y por la entrada principal hizo su aparición el alto funcionario de la

O. I. A.

Chas Wilkins.

Mike, boquiabierto por la sorpresa, no acababa de comprender lo que sucedía. Un agente uniformado se apresuró a poner unas esposas en torno a las muñecas de Eileen y otro se inclinó sobre Dalton.

Wilkins se detuvo a un par de metros de Mike y con el pulgar empujó su sombrero hacia la nuca.

—Buen trabajo, Mike.

Éste balbució:

—¿Buen... trabajo? ¿Qué significa esto, Chas?

—Venimos detrás de ti desde Washington, a la espera de este instante.

—Pero... —Parson tragaba saliva—. ¿Quieres decir que me habéis utilizado de sabueso para levantar la caza?

—Algo así. No te enfades. Imagino los malos ratos que habrás pasado, pero no había más remedio. Yo creí en ti desde un principio y planeé esta batida. Si tú eras honrado, harías lo imposible por descubrir a los traidores y nadie sospecharía de ti.

—¡Pudiste haberme puesto en antecedentes...!

—Era arriesgado. Podías tener una confidencia con algún amigo íntimo, con alguna mujer... Los acontecimientos me han dado la razón: te hubieras confiado a Alma Lloyd, al sargento Norris o a Clara Taylor.

—¿Estás enterado... de todo?

—Ya te he dicho que he ido pisándote los talones. Capturamos a Gardiner al poco de encerrarte en el barracón de la playa y leí los cuadernos que te había arrebatado. De esa forma supe su participación en esto. Luego hemos capturado a Carter y a Morgan,

una vez que escapaste de la pesquería: ellos tendrán cárcel por algún tiempo... Y por fin hemos llegado a tiempo de evitar que te mataran. Una vez más, gracias, Mike.

—¡Vete al diablo! ¡Esto no te lo perdonaré nunca, Chas Wilkins! Me has hecho pasar las agonías del infierno.

—Pero al final hemos vencido, que era lo importante. Por otra parte, siempre estuve cerca de ti: de haber ocurrido algún imprevisto hubiésemos actuado, como lo hicimos cuando te sacamos de la comisaría contra toda esperanza, porque estabas demasiado comprometido. Nos interesaba que estuvieras en libertad para que siguieras haciendo de cebo.

Mike se acercó a su amigo y alzó la diestra. Pareció por un momento que iba a golpear a su compañero, pero al fin le tendió la mano abierta.

Se estrecharon ambos las manos, con fuerza, y Juego Wilkins señaló hacia la calle.

—Allí fuera te espera alguien. Creo... creo que te interesa.

Mike salió de la casa y cruzó el escuálido jardín. Un coche aparcado junto a los de la policía atrajo su atención.

Al llegar a él, la portezuela se abrió y Clara se hizo a un lado.

—He preferido quedarme aquí hasta el final, Mike. Ya no dudaré de ti.

Ella le rodeó el cuello con los brazos y lo apretó con fuerza. El cuerpo femenino tenía el mismo perfume que tres años atrás, cuando Mike descendió sobre Siberia. Clara le besaba y por la forma de hacerlo era evidente que deseaba recuperar lo perdido en aquellos mil días de soledad.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Keith Luger

CITA CON EL ASESINO.



Precio: 7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Selecciones



Una nueva colección
que sólo publicará éxitos

Las mejores novelas
editadas en la colección S. S.
durante 12 años.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

COLECCION



PUNTO
ROJO



Las mejores novelas de
acción, de horror y
de misterio.

Precio: 7'— ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Shelley Winters

N.º 1595

Esta rubia actriz, ex esposa de Vitorio Gassman, nació en San Luis (EE. UU.). La hemos visto entre otras en "Winchester 73" y "Un lugar en el sol".



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MÓDULO LA NUEVA, 2 - BARCELONA (ESPAÑA)

PRECIO EN ESPAÑA: 7 ptas. * Impreso en España - Printed in Spain

Notas

[1] Strategic Air Command: Comando Estratégico del Aire. < <